BOLSILIBROS BRUGUERA

SS

SERIE

SERVICIO SECRETO

de paseo con un tigre

clark carrados



SS SERVICIO SECRETO



CLARK CARRADOS

DE PASEO CON UN TIGRE

Colección
SERVICIO SECRETO n.° 1.053
Publicación semanal
Aparece los MIÉRCOLES



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES - CARACAS - MÉXICO - RÍO DE JANEIRO

Depósito legal B 32.613-1970
Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: octubre, 1970

Concedidos derechos exclusivos a favor de
EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Mora la Nueva, 2 - Barcelona – 1970

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta dovela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos posados o actuales, será simple coincidencia.

ÚLTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección BISONTE:
1.165. — Rescate.
En Colección SERVICIO SECRETO:
1.047. — El diabólico doctor Frog.
En Colección BÚFALO:
884. — La ley del talión.
En Colección CALIFORNIA:
676. — Bandera para forajidos.
En Colección COLORADO:
663. — Solos ante el peligro.
En Colección KANSAS:
632. — El día del desquite.
En Colección BRAVO OESTE:
507. — «T» para un traidor.
En Colección PUNTO ROJO:
433. — ¿Quién mató a Norma Bibbs?
En Colección SALVAJE TEXAS:
733. — El honor del capitán Grabb.
En Colección ASES DEL OESTE:
453. — Se vende una pistola.
En Colección ENVIADO SECRETO:
102. — ¡Destruir al destructor!

CAPÍTULO PRIMERO

Acababa de llegar de la calle y lo primero que hizo fue dirigirse al cuarto de baño. Sus ropas volaron por los aires, dejando al descubierto un cuerpo de anatomía perfecta, con unas medidas que habría envidiado la mismísima Venus de Milo.

Clara Hotcher movió una palanca y el agua fluyó a chorros por la ducha. Momentos después, se secó y tras arreglarse ligeramente su frondosa cabellera rubia, se dirigió al dormitorio, en donde se vistió con unos ropajes cómodos: sweater de cuello de cisne, pantalones negros y mocasines.

Finalizó su atuendo con una gran cinta negra en forma de lazo, para sujetar sus cabellos. Terminado el aseo, Clara se sirvió un combinado y, con el vaso en una mano y un cigarrillo en la otra, se dispuso a ver la televisión.

Entonces fue cuando llamaron a la puerta.

Clara frunció el ceño. No esperaba ninguna visita.

Dejó el vaso a un lado y se puso en pie. Era una muchacha alta, esbelta, de facciones delicadas y ojos muy claros. Tenía un aspecto dulce y sensitivo. Vestida adecuadamente, habría parecido un hada.

Abrió la puerta. Dos hombres aparecieron ante ella.

—¿Señorita Hotcher? —preguntó uno de los visitantes.

—Sí...

—Soy Ben Throsh —se presentó el individuo—. Este es mi compañero Rex Mittall.

—Tanto gusto, caballeros. ¿Puedo servirles en algo?

—Pues... sí, pero se lo diremos mejor dentro del piso, ¿no cree?

Clara vaciló.

El aspecto de los dos sujetos le desagradaba profunda e instintivamente. Pensó que había sido una tonta abriendo la puerta. ¿No tenía una cadena de seguridad?

Pero ya era tarde. Y, a lo mejor, sus aprensiones no tenían razón de ser.

—Está bien, pasen.

Los dos hombres cruzaron el umbral. Entonces, Mittall sacó una

pistola y dijo:

—Esto es un secuestro. No grite, no haga nada o la mataremos.

Clara sintió que se le retiraba la sangre de la cara. Pero solo fue un momento.

—Conque un secuestro, ¿eh? —dijo, recobrada la serenidad.

—Sí —confirmó Throsh con un gruñido—. Rex, mantenla a raya; voy a ver si encuentro un abrigo para ella.

—En el ropero de la derecha —indicó Clara cortésmente.

—Gracias.

—Valiente chica —sonrió Mittall—. Me gusta.

—¿Quién les ha ordenado mi secuestro? —preguntó Clara.

—Silencio, por favor.

—Silencio, ¿usted o yo?

—Los dos.

Clara sonrió. Su apariencia de dulzura ocultaba un carácter enérgico y poco impresionable. Asimismo la delicadeza de su figura resultaba engañosa.

Hacía mucho ejercicio. Le gustaba la gimnasia y la natación, factores ambos que consideraba indispensables no solo para su buen estado físico sino también mental. Y, de paso, mantenía su cuerpo con una silueta sensacional.

Throsh volvió con un abrigo que puso sobre los hombros de Clara.

—Andando —dijo—. No olvide que puede recibir un balazo si llama la atención.

—Seré discreta como una tumba —prometió Clara.

—Oye, Ben, la chica tiene agallas, ¿eh? —rio Mittall.

—Vamos, cierra el pico —rezongó Throsh de mal talante.

Salieron del piso y descendieron a la calle. Junto a la acera esperaba un coche gris.

—Usted, detrás, con Rex —dispuso Throsh—. Rex, ya sabes lo que tienes que hacer para que la chica no vea adónde la llevamos.

—OK, Ben.

Clara se acomodó en el asiento sin rechistar. Mittall se sentó a su lado, mientras Throsh se ocupaba de la conducción del vehículo.

El automóvil arrancó en el acto. Mittall guardó la pistola en la funda axilar y luego sacó de los bolsillos un gran trozo de algodón y un frasquito.

—No tema —dijo—; solo voy a dormirla.

—Está bien —contestó Clara.

En su interior pensó: «Este granuja de O'Poyle... En cuanto me lo eche a la cara, me va a oír...»

Inspiró profundamente un segundo antes de que el algodón empapado en cloroformo se apoyase sobre su cara. Luego procuró contener la respiración.

A Clara le gustaba una de las variedades de la natación, que era la pesca submarina, pero sin escafandra. Ello exigía buenos pulmones y ella los tenía.

Aguantó un minuto con facilidad. Luego, casi de repente, dobló la cabeza a un lado.

—Ya está, Ben —anunció Mittall, a la vez que abría la ventanilla para lanzar al exterior el algodón—. ¡Uf, qué peste de cloroformo! Creí que yo también me iba a quedar dormido.

El coche quedo ventilado en pocos momentos. Mientras, Clara estudiaba su situación.

Al entrar en el coche, se había colocado el abrigo sobre las rodillas. Entreabrió los ojos y esperó a que el vehículo hubiera salido de la ciudad.

Entonces, repentinamente, agarró el abrigo y tapó la cara de Mittall.

El secuestrador lanzó un rugido, mientras intentaba recobrar la visión, pero el abrigo embarazaba sus movimientos considerablemente.

Throsh oyó ruido de lucha detrás de sí y trató de aminorar la marcha del vehículo, que ya rodaba a más de ciento veinte por hora. Mientras, Clara, procurando sujetar a Mittall con la mano derecha, alargaba la izquierda.

Abrió. El coche había reducido ya su velocidad a la mitad.

—¡Quieta! —aulló Throsh—. Maldita sea, estese quieta...

Naturalmente, Clara no iba a obedecer al rufián. Se echó hacia atrás, apoyó los hombros en el rincón del coche y puso los dos pies en el costado de Mittall.

El individuo se quitaba entonces el abrigo. Chilló de pánico al sentirse proyectado fuera del vehículo. Rodó por el suelo, rebotó un par de veces y acabó saltando fuera de la cuneta.

Throsh había frenado casi por completo. Sacó un revólver y

quiso apuntar con él a la muchacha pero Clara le metió un dedo en un ojo, arrancándole un alarido de dolor.

El revólver se disparó inofensivamente. Throsh perdió el control del coche, que se salió fuera de la carretera, deteniéndose a los pocos metros sin sufrir apenas daños. Throsh mugía como un toro furioso.

Clara le arañó la cara. Throsh se agitaba epilépticamente en el asiento. Ya había perdido el revólver. Implacable, Clara atacó el otro ojo, dejándolo momentáneamente ciego.

Acto seguido, Clara saltó fuera del coche. Abrió la portezuela del vehículo y tiró de Throsh, haciéndolo rodar por tierra.

Throsh se levantó en el acto, pero los golpes a los ojos habían disminuido considerablemente sus facultades. Clara empezó ahora a castigarle las rodillas

El rufián saltaba y chillaba frenéticamente, mientras ella le pateaba sin cesar. Una vez intentó contraatacar Throsh, pero Clara le agarró por la nariz con todas sus fuerzas y tiró de tal modo, que Throsh creyó iba a perder el apéndice nasal.

La pelea finalizó cuando Throsh, desmoralizado, emprendió la retirada. Clara no desaprovechó la ocasión y saltó al coche, arrancando de nuevo en el acto.

Viró en redondo y pisó el acelerador a fondo. De pronto, los faros del coche alumbraron una silueta que hacía señas con los brazos.

Clara lanzó el vehículo contra Mittall, quien apenas tuvo tiempo de dar un salto lateral, para evitar el atropello. Segundos más tarde, los faros rojos del vehículo se habían perdido en la oscuridad.

Poco después, Clara llegaba a su casa. Dejó el automóvil en una esquina próxima y subió a su piso.

Inmediatamente, agarró el teléfono y llamó a su jefe.

—No está en casa —le contestó alguien—. Todavía sigue en la oficina.

Clara no dije nada. Marcó otro número y esta vez sí oyó la voz de Henry O’Poyle.

—Soy Clara Hotcher —se anunció.

—Ah, hola, Clara. ¿En qué puedo servirla?

—Solo quiero que sepa una cosa, señor O’Poyle —dijo ella, furiosa—. Desde el primer momento, su negocio me pareció no solo

misterioso, sino también muy alejado de la ley. No tenía pruebas, pero hoy acabo de obtenerlas. Por eso quiero que sepa que me considero despedida a partir de este momento.

—¡Pero, Clara, cómo puede...!

—No me hables más; eso es todo, señor O'Poyle.

—¡Espere! ¡Espere un momento! —chilló O'Poyle—. Clara, no cuelgue; quiero que escuche una cosa. Por favor, venga a mi oficina; tengo trabajo, pero lo dejaré con gusto para atenderla. Venga, se lo suplico; hablaremos y, si persiste en su actitud, aceptaré el despido.

Clara vaciló un instante.

—Está bien —aceptó finalmente—. Iré, pero solo para que me liquide y recoger mis cosas. Hasta dentro de unos minutos, señor O'Poyle.

Colgó de golpe el aparato. Por supuesto que no pensaba continuar con aquel forajido. Clara era una muchacha de espíritu liberal, pero había cosas por las que no pasaba.

CAPÍTULO II

El rótulo que había sobre el cristal translúcido de la puerta de entrada a la oficina era sumamente curioso:

PETE CROLL
AGENCIA GENERAL
Todos los servicios.
Incluso se pasean elefantes

Sonó el teléfono. Pete Croll se hallaba en aquellos momentos estudiando la minuta que debía pasar a un cliente y alargó la mano para recoger el aparato.

—Agencia General, habla Croll en persona —recitó—. ¿Cuál es el servicio que necesita?

—Pasear un tigre —contestó una voz femenina—. ¿Podría hacerlo usted, señor Croll?

—Por supuesto, señora —contestó Croll sin inmutarse—. Deme su nombre y dirección, por favor.

—Aouda Merrimac, doscientos, East Road. ¿Cuándo podrá venir a pasearme el tigre, señor Croll?

—Mañana, a partir de las nueve de la mañana.

—¿Hoy, no?

—Imposible, señora. Tenga en cuenta que he de solicitar el permiso municipal para pasear tigres por la calle.

—Es que yo quiero que lo pasee solamente por el parque de mi residencia.

—A pesar de todo, señora. Ruégole me dispense, pero no tengo tiempo libre hasta las nueve de la mañana del día de mañana.

—Muy bien, si no hay otro remedio... Por favor, ¿cuál es su tarifa por pasear tigres?

—Cincuenta dólares la primera media hora. Luego, un dólar por minuto.

—Está bien. Hasta mañana, pues, a las nueve.

—Encantado, señora Merrimac.

Croll volvió el teléfono a la horquilla. Contempló de nuevo la factura.

¿Pagaría William Rarman los trescientos veinte dólares a que ascendía el servicio prestado?

El teléfono interrumpió de nuevo sus meditaciones. Croll repitió otra vez su cantinela:

—Necesito pedirle un favor, señor Croll.

La voz era masculina. Croll respondió:

—Yo no hago favores; presto servicios —puntualizó.

—Es verdad, lo había olvidado. Necesito un servicio de usted.

—¿Se trata de…?

—Tengo un amigo. Está agonizando. Yo querría que usted fuese a dulcificar sus últimos instantes con algunas consideraciones sobre la brevedad de la vida y la futilidad de las cosas terrenales.

—Hombre, yo no soy un sacerdote…

—Vamos a ver, ¿no anuncia usted «todos los servicios»?

—Si se pone en ese plan… —rezongó Croll.

—Me pongo —contestó el otro—. Y le pagaré bien. Cien dólares la hora. ¿Conforme?

—De acuerdo. Pero todavía no me ha dicho su nombre y dirección.

—Acuda inmediatamente a la esquina de las calles Doce y Victory. Allí me tendrá usted y le facilitaré detalles complementarios.

—De acuerdo. ¿Cómo podré reconocerle?

—Usaré sombrero negro y una flor roja en la solapa. Le espero, señor Croll.

Sonó un «click». Croll se puso en pie.

«La cuenta de Rarman quedará para una ulterior consideración», se dijo.

Y luego pensó en el tigre de Aouda Merrimac. ¿Sería ya adulto o era todavía un cachorrillo?

—Las hay chifladas —murmuró, mientras cerraba la puerta de su oficina—. Pero mientras paguen…

* * *

Clara Hotcher llamó con los nudillos a la puerta del despacho de

su jefe. Era raro, se dijo; ordinariamente, Henry O'Poyle abandonaba la oficina una vez terminada la jornada de trabajo.

—Pase —sonó la voz de O'Poyle.

Clara entró. O'Poyle le miró sonriente desde detrás de la mesa de despacho.

Era un hombre de unos cincuenta años, delgado, casi calvo y con ojos de batracio. A Clara no le había sido nunca simpático, pero pagaba bien y ello le había hecho cerrar los ojos a algunas cosas.

Hasta el momento del secuestro frustrado. Clara se había plantado.

—Está enojada, advierto —dijo O'Poyle relamidamente.

—Estoy que echo chispas —contestó ella sin rodeos—. Esta misma noche han intentado secuestrarme.

—¡Caramba! ¡Ese sí que es sorprendente! ¿Por qué, señorita Hotcher?

—Usted puede que lo sepa, señor O'Poyle. Y si no lo sabe, me es lo mismo; ya no quiero seguir trabajando aquí un solo minuto más.

—Clara, me defrauda usted. Jamás he tenido una secretaria tan eficiente...

—Ni tan discreta, ¿verdad? —rio ella irónicamente—. Señor O'Poyle, sus negocios no me han agradado jamás. No se puede decir que sean ilegales, pero tampoco son de los que permiten considerar a un hombre como filántropo. En consecuencia, le pido la cuenta y me marcho.

—Bueno, bueno, no se altere, por favor —rogó O'Poyle con acento conciliador—. ¿Quiénes eran los secuestradores?

—Se llaman Mittall y Throsh, eso es todo lo que sé.

—¡Mittall y Throsh!

La sorpresa de O'Poyle era evidente. Clara frunció el ceño.

—¿Acaso los conoce? —preguntó.

—¡Je! —contestó O'Poyle con una risita de conejo—. ¿Yo, conocer a unos secuestradores? Vamos, Clara, ¿por quién me ha tomada usted?

—Por un amigo de los secuestradores —dijo Clara sin pestañear.

—Por favor...

—Basta —cortó la muchacha—. Ya sabe qué es lo que quiero, de modo que no prolonguemos más esta absurda situación.

—Está bien, está bien... —O'Poyle se puso un cigarrillo en los

labios—. Aguarde un momento, se lo ruego.

Había un gran mechero de sobremesa encima de la de despacho. O'Poyle lo cogió con gran satisfacción.

El encendedor era de forma ovalada y de unos doce centímetros de largo por casi veinte de alto y cinco de grosor.

—¿Qué le parece? Me lo regalaron esta tarde, a poco de haberse marchado usted…

O'Poyle hablaba con el pitillo en los labios. Acercó el mechero a su boca y presionó el resorte de encendido.

Un chorro de fuego brotó de la base del encendedor, a la vez que se oía una seca detonación. Clara contempló horrorizada el chorrillo de sangre que salía con fuerza de la garganta de O'Poyle, justo debajo de la mandíbula.

O'Poyle estuvo unos instantes en pie, mirando a la muchacha con ojos llenos de horror, mientras la sangre manchaba la pechera de su camisa. De repente, se derrumbó a un lado, pataleando frenéticamente.

Segundos más tarde, Clara continuaba mirando a O'Poyle, pero ahora sabía que solo tenía ante sí a un cadáver.

* * *

El comunicante de Pete Croll había dicho que usaría sombrero negro y clavel rojo, pero no había mencionado para nada las grandes gafas oscuras y el enorme mostacho que adornaba su labio superior.

«Si esto no es un disfraz, yo soy el emperador de China», pensó Croll, mientras se acercaba al sujeto.

—¿Croll? —dijo el hombre del clavel rojo.

—Sí, señor.

—Soy la persona que le llamó hace poco. Me llamo Paul Miller.

—Encantado, señor Miller. ¿Dónde está su amigo, el moribundo?

—Se llama Wayne Cromarty y vive en el número cuatrocientos de la avenida Mallory. Por favor, vaya a verle y acompáñele en sus últimos momentos. Yo iría… pero se me parte el corazón viendo que no se puede hacer nada por él.

—Comprenda. Son muy amigos, ¿no?

—Más que amigos, somos hermanos. Pero yo me siento muy

débil en estos supremos instantes, soy un cobarde y no puedo…

—Claro, claro —sonrió Croll—. Iré y haré lo que pueda en su nombre, señor Miller.

—Gracias, señor Croll. Ah, quizá dure mi amigo un par de horas. Le daré doscientos dólares por su servicio.

Miller sacó unos billetes y se los entregó a su interlocutor. Luego le dio un paquete cuidadosamente envuelto.

—Es una Biblia —indicó—. Quizá tenga necesidad usted de ella.

—Es probable —admitió Croll—. ¿Nada más?

—Eso es todo. Gracias y… buenas noches, señor Croll.

Miller dio media vuelta y echó a andar. Croll se rascó la nuca, perplejo.

«No es un encargo común, pero menos lo es pasear a un tigre», comentó para sus adentros

Y luego se dijo que qué diablillo maligno le habría inspirado aquel rasgo de humor, que le había hecho poner en los anuncios que incluso paseaba elefantes.

Era una manera como otra cualquiera de indicar a la gente que aceptaba toda clase de servicios. Y el caso era que el anuncio tenía su «gancho» y las llamadas se sucedían para hacerle toda clase de encargos, muchos de ellos tremendamente disparatados.

Pero los hacía y ganaba dinero.

Aunque, a decir verdad, nunca le habían propuesto nada tan original como lo que le había encomendado hacer Paul Miller.

Solo lo superaba el encargo de la señora Merrimac.

—¡Pasear un tigre! —exclamó, mientras daba el contacto para arrancar—. Con tal de que no me devore.

Minutos más tarde se detenía ante el número 400 de la avenida Mallory.

Era una casa de aspecto lujoso, rodeada por un bien cuidado jardín. Croll se apeó y llamó al timbre que había junto a la verja de entrada.

La verja se abrió automáticamente. Croll avanzó a lo largo del sendero enarenado hasta llegar al pórtico de acceso a la residencia.

Alguien abrió la puerta de entrada. Croll se quitó cortésmente el sombrero.

—¿Puedo visitar al señor Cromarty? —preguntó.

El hombre que estaba en el umbral le miró asombrado.

—¿Qué es lo que quiere usted? —preguntó.

—Mi nombre es Pete Croll —se presentó el visitante—. Agencia General. Todos los servicios. Incluso se pasean elefantes —recitó de carrerilla—. He recibido el encargo del señor Miller de acompañar al señor Cromarty en sus últimos instantes.

El hombre le miró con una cara que indicaba estaba a punto de explotar de indignación. Era alto, robusto, de facciones duras y ojos penetrantes. Todavía no había cumplido los cuarenta años.

—¿Es una broma? —preguntó heladamente—. ¿Trata usted de tomarme el pelo a estas horas de la noche?

Croll empezó a sospechar algo raro en todo lo que le estaba sucediendo.

—Señor, yo he venido...

—Sí, ya lo ha dicho —le interrumpió el otro cortantemente—. Lo ha dicho y lo he oído, y sepa que yo soy Wayne Cromarty y no estoy agonizando ni cosa que se le parezca. Y ahora, maldito bromista, lárguese de aquí antes de que la emprenda a palos con usted y le mande al hospital para dos semanas.

Croll se puso rígido.

—Escuche un momento —gritó—. ¿No conoce usted a Paul Miller?

—Ni lo conozco ni he oído jamás ese nombre —respondió Cromarty descompuestamente—. ¡Váyase ya de una vez, estúpido!

Croll reflexionó.

Miller le había encomendado que acompañase a Cromarty en sus últimos instantes.

Pero Cromarty estaba vivo. Rebosaba de salud, además de indignación.

«Quiero que le haga compañía en sus últimos momentos», había dicho Miller, aproximadamente.

Croll miró el paquete que tenía en la mano.

¿Era una Biblia?

Obedeciendo a un súbito impulso, rasgó el papel que cubría el libro y encontró debajo una caja, de la que salía un leve tic-tac, cuyo sonido llenó de sudor su frente.

Cromarty le contemplaba ahora con asombro. De pronto, Croll lanzó el paquete cuan lejos pudo, a la vez que empujaba a Cromarty con todas sus fuerzas.

—¡Adentro, adentro! —gritó.
Cinco segundos más tarde, se produjo la explosión.

CAPÍTULO III

Clara Hotcher estaba aterrada.

No sabía a quién recurrir. Cobarde, había abandonado la oficina apenas vio que su jefe caía muerto por el proyectil salido de la base del encendedor.

Fueron unos momentos de lógico espanto. Luego, la razón se impuso.

De nada iba a servirle huir. Sería una de las primeras personas a quienes buscaría la policía.

Además, el criado personal de O'Poyle diría que ella había llamado aquella noche y que él la había informado de que su amo estaba en la oficina. Clara llegó a la calle y subió inmediatamente a enfrentarse con su suerte.

Era lo mejor, pensó, tras haber llamado a la policía.

Pero un gusanillo corroía su mente y acicateaba su curiosidad.

¿Por qué habían querido raptarla?

¿Quién había dispuesto el rapto?

¿Quién había preparado el mortífero artefacto que había acabado con la vida de su jefe?

Eran muchas preguntas para las que no encontraba respuesta adecuada. Esto era algo que quedaba para la policía, resumió sus pensamientos.

* * *

Pete Croll regresó a su casa acompañado del teniente Sheick, de la Brigada de Homicidios.

—El que te contrató, calculó bien el tiempo que tardarías en llegar a casa de Cromarty —dijo Sheick, viejo amigo de Croll—. Si no llegas a sospechar nada, a estas horas tú y Cromarty estaríais hechos picadillo.

—No me lo repitas —gruñó Croll de mal talante—. Todavía se me abren las carnes al pensarlo. ¿Has viste el hoyo que abrió la bomba en el jardín? ¡Pero si no ha quedado un cristal sano en la

vecindad!

Sheick se echó a reír.

—Sí, era una buena bomba —concordó—. Lo menos había un par de quilos de dinamita. ¿Cómo no te diste cuenta enseguida de que no era una Biblia?

—Muchacho, hay Biblias de todos los tamaños y para todos los gustos —suspiró Croll—. Pero ¿quién diablos puede tener interés en eliminar a Cromarty?

—Me gustaría ser más explícito contigo, pero no puedo, Pete. Cromarty no es un santo, desde luego; es todo lo que puedo decirte.

—Ya —murmuró el joven—. Algún enemigo suyo buscó el medio de quitárselo de encima sin comprometerse, ¿verdad?

—Mejor que eso, sin ser reconocido, porque estoy seguro de que incluso con disfraz, Cromarty lo habría reconocido y se hubiese negado a recibirle o a aceptar algún paquete de su parte.

—Total, que Miller calculó que yo llegaría a casa de Cromarty y que discutiríamos un poco y que en ese breve espacio de tiempo se produciría la explosión.

—Más o menos, esos debieron de ser sus cálculos. Falló por muy poco, Pete.

—Ni cinco segundos —se estremeció Croll, recordando de nuevo el amargo trance por el que acababa de pasar.

Y luego se dijo que si un día volvía a encontrarse con Miller, le chafaría las narices de un buen puñetazo, antes de entregarlo a la policía.

Sería el desquite por el susto que se había llevado.

* * *

A las nueve en punto de la mañana y, pese a lo poco que había dormido durante la noche, Pete Croll se hallaba ya ante la puerta de la residencia de la señora Merrimac.

Hacía un día espléndido. Croll se detuvo un momento a contemplar la elevada tapia que bordeaba el que parecía ser extenso parque de la mansión.

Una gran verja cerraba el paso. Croll se apeó del coche y tocó el timbre.

—¿Su nombre, por favor?

La voz brotaba de un micrófono oculto en el muro. Croll se acercó a la pared y respondió:

—Pete Croll. Estoy citado con la señora Merrimac a las nueve en punto.

La puerta se abrió por sí sola. La voz indicó:

—Siga recto hasta la casa, después tuerza a la izquierda.

—Gracias —contestó Croll.

El parque era mucho mayor de lo que había supuesto. Croll calculó que tendría unos trescientos meaos de largo por más de doscientos de ancho. El césped estaba muy bien cuidado, abundaban los árboles de frondosa copa y los arriates con flores ponían una encantadora nota de color en el ambiente. Varios puntos de riego por aspersión funcionaban de continuo, humedeciendo la hierba y refrescando la ya calurosa atmósfera.

Croll llegó a la esquina de la casa, con capacidad suficiente para contener a un batallón de marines, y giró a la izquierda. La piscina estaba a cincuenta metros y, dado su tamaño, le extrañó no ver anclado en ella a un pequeño destructor.

Aouda Merrimac estaba junto a la piscina, tendida sobre una tumbona. Podía decirse que su indumentaria consistía en unas gafas oscuras y un pitillo; los tres pedacitos de tela que componían su traje de baño no merecían la pena de ser tenidos en consideración.

—¿Señora Merrimac? Soy Pete Croll —se anunció el visitante.

Ella le dirigió una larga mirada.

Era una mujer de veintiocho o treinta años, de formas espléndidas y pelo intensamente rojizo. Los cristales de sus gafas ocultaban unas pupilas de color verdoso.

—Celebro conocerle —dijo Aouda con voz grave y pastosa, a la vez que se incorporaba ligeramente—. ¿Quiere tomar algo, señor Croll?

Había una mesa bien surtida junto a la tumbona. Croll divisó una cafetera sobre un infiernillo.

—Me serviré un poco de café, si no le importa —aceptó.

—Póngame a mí otra taza —pidió Aouda.

Croll llenó las tazas. Aouda se puso entonces en pie y se quitó las gafas oscuras.

Sonreía incitantemente.

—Sin duda se extrañó ayer de mi petición —dijo, al coger la

taza que le ofrecía su visitante.

—Estoy acostumbrado a recibir las más raras peticiones, señora —contestó Croll, turbado por la sugestiva proximidad de la opulenta Aouda—. ¿Dónde está el tigre?

—Lo traerán ahora, para que lo pasee usted.

Croll terminó el café. Aouda se inclinó ligeramente sobre la mesa y apoyó el índice sobre lo que parecía un timbre de llamada.

Un estirado mayordomo apareció a poco y se inclinó ante la joven.

—Señora...

—Jonathan, haga el favor de traer a la fiera.

—Sí, señora.

El mayordomo se alejó. Croll empezó a pensar si no se estarían burlando de él.

—Es un tigre muy manso, señor Croll —dijo Aouda sonriendo.

—Lo celebro, señora —contestó Croll gravemente.

—¿Puedo hacerle una pregunta, señor Croll?

—No faltaría más, señora Merrimac.

—Su profesión... ¿puede calificarse como de detective privado?

—En determinados casos, sí, señora. Algunas personas me encargan investigaciones.

—Ah, comprendo.

Jonathan llegó en aquel instante, trayendo en brazos a un alborotador pequinés de color enteramente blanco. Croll se quedó parado al ver el animalito.

—¿Este es el tigre? —preguntó, pasmado.

—Este es «Tigre» —contestó Aouda riendo.

—Pero yo creí...

Aouda soltó una carcajada.

—¿Creyó que sería un tigre auténtico? Por favor, señor Croll, me gustan los animales, pero con moderación. «Tigre» es un perro muy simpático y que se hace enseguida amigo de todo el mundo, ya lo verá.

Croll alargó las manos y cogió al perro.

—Sí, señora —dijo, acariciando los lanudos lomos del animal—. «Tigre», ¿vamos a darnos un paseíto?

—¡Guau! —ladró el pequinés.

«Tigre» ya tenía un arnés en torno al cuerpo para sujetar la

correa. Croll miró a la joven y sonrió.

—Voy a empezar mi trabajo, señora. ¿Cuánto quiere que dure?

—Media hora, más o menos, por favor. Estaré aquí todo el rato.

—Sí, señora —contestó Croll, impasible—. ¿Vamos «Tigre»?

* * *

Clara Hotcher había pasado una noche muy mala y por dicha razón no se durmió sino hasta bien avanzada la hora. Eran las diez de la mañana y todavía seguía durmiendo.

De pronto, despertó sobresaltada.

Tenía la sensación de que no estaba sola en la casa. Aterrada, se sentó en el lecho y aguzó el oído.

Sí, había alguien en el piso. Sin hacer ruido, saltó del lecho, se puso una bata y, tras meter los pies en unas zapatillas, se asomó a la puerta del dormitorio.

Había un hombre con sombrero y gafas oscuras registrando la sala.

«¿Me habré olvidado de echar la cadena de seguridad?», se preguntó la muchacha.

El hombre pareció presentir su presencia y se volvió.

—Hola —saludó alegremente—. ¿Ya está despierta? Dormía como un leño y no quise molestarla, señorita Hotcher.

—¿Quién es usted y quién le ha dado permiso para entrar en mi casa? —exclamó Clara, indignada.

—Puede llamarme Paul Miller —contestó el individuo sin dejar de sonreír—. Me costó un poco, pero al fin conseguí abrir la puerta. Le aseguro que no quiero hacerle el menor daño, señorita Hotcher… si se muestra dispuesta a cooperar conmigo, claro.

Ella señaló la salida.

—Váyase o llamaré a la policía —exclamó.

Miller seguía sonriendo.

—Solo quiero que me diga una cosa, señorita —manifestó—. Estoy buscando la carpeta señalada con la cifra EG-2. Usted ha debido de tenerla en las manos, ¿verdad?

Clara arqueó las cejas.

—¿La carpeta EG-2? —repitió—. No tengo la menor idea de lo que me está diciendo, señor Miller.

—Usted trabajaba con Henry O’Poyle. No me diga que, en ocasiones, no se ha traído algún trabajo para terminar en casa.

—Sí, pero fue en contadas ocasiones y… Pero esa carpeta no está ahora aquí.

—¡Qué raro! —dijo Miller—. ¿No me engaña, señorita Hotcher?

—No, y váyase ya de una vez…

Miller se acercó a la muchacha.

—Quiero esa carpeta —la interrumpió—. ¿Dónde está?

Clara retrocedió un par de pasos, hasta que sus caderas chocaron con una consola. Simuló estar aterrada y echó las manos atrás, tanteando hasta agarrar un jarrón que había sobre el mueble.

—Deme la carpeta o…

¡CRASH!

El jarrón se rompió con gran estrépito. Miller torció la boca, puso los ojos en blanco y se desplomó al suelo sin sentido.

CAPÍTULO IV

Cuando regresó a la piscina, después de haber recorrido el parque un par de veces, detrás de «Tigre». Croll encontró a Aouda Merrimac acompañada de un individuo elegantemente vestido.

—Señora —dijo Croll—, han transcurrido ya treinta y cinco minutos. Creo que el paseo es más que suficiente para «Tigre».

Aouda sonrió.

—Sí, desde luego. Querido —se dirigió al hombre que la acompañaba—, ¿puedes llamar a Jonathan?

—Con mucho gusto —accedió el individuo.

Aouda hizo las presentaciones a continuación:

—Jerry, este es el señor Pete Croll. Señor Croll, Jerry Wesdey, un buen amigo mío.

—Encantado, señor Wesdey.

—Es un placer, señor Croll.

Jonathan llegó en aquellos instantes y se llevó al perro. Aouda estiró su magnífico cuerpo para ponerse en pie.

—Si quiere venir conmigo a la casa, le abonaré sus honorarios, señor Croll —invitó.

—Ya le enviaré mi factura por correo…

Ella le dirigió una incitante mirada.

—Venga, por favor —suplicó—. Me esperas aquí, ¿verdad, Jerry?

—Estoy a tus órdenes, hermosa.

Aouda echó a andar hacia la casa. Croll se pasó mentalmente un pañuelo por la frente. Aquel contoneo de caderas era para hacer hervir la sangre de una momia de la XXII dinastía faraónica.

Entraron en la casa y cruzaron un enorme vestíbulo, de suelo espejeante. Aouda le condujo a un despacho decorado estilo Luis XVI, con color azul predominante, y se situó tras una mesa ricamente adornada.

Abrió el cajón y sacó unos billetes. Luego dio la vuelta a la mesa y se colocó a medio paso de Croll.

El joven sudaba. Aouda respiraba lenta y fuertemente, a fin de

hacer resaltar sus encantos físicos.

De repente, le echó los brazos al cuello. Croll no sabía qué hacer.

—Pete —susurró ella—, tiene que ayudarme. Estoy en un grave peligro. Quieren asesinarme... pero ahora no puedo ser más extensa. Le llamaré otro rato, ¿comprende?

—Sí... sí, señora...

Los labios de Aouda estaban rozando los suyos.

—Jerry no sabe nada y yo no quiero que lo sepa —agregó—. Usted vive en un sitio distinto de la oficina, ¿no es así?

—En efecto...

—Deme una tarjeta, se lo suplico.

Croll intentó moverse, pero Aouda se lo impedía. Ella, de pronto, se dio cuenta y se separó, ligeramente turbada.

—Me siento tan desvalida... —murmuró.

Croll pudo sacar una tarjeta de su billetera y se la entregó a la joven. Aouda la dejó sobre la mesa y luego volvió a colgarse de su cuello.

—Iré a verle a su casa —prometió—. Tiene que salvarme la vida, Pete.

—Sí, claro que sí, señora... Pero, ¿qué dirá su marido?

Ella sonrió maliciosamente.

—Murió el año pasado —contestó—. Adiós, Pete.

¿Había sido una burla?

¿Era sincera Aouda?

* * *

Croll llegó a su oficina. Abrió y se dispuso a poner en marcha el registrador automático de llamadas. Entonces oyó una voz femenina en la puerta:

—¿Señor Croll?

—Entre —invitó el joven.

Una hermosa muchacha apareció ante sus ojos Croll Arqueó las cejas.

—Señora...

—Señorita —puntualizó ella—. Clara Hotcher. Usted es Croll, supongo —añadió.

—Sí, señorita Hotcher —contestó el investigador—, pero siéntese, por favor, y dígame en qué puedo servirla.

—¿Conoce usted a Paul Miller?

Croll dio un bote en su asiento.

—¡Miller! —repitió.

—Sí, Miller. Lo conoce, ¿verdad?

—Verá, señorita Hotcher...

—Qué sabe usted de la carpeta EG-2?

—¿La carpeta EG-2? —exclamó Croll, atónito—. No tengo la menor idea...

—Vamos, no trate de engañarme. Miller fue esta mañana a mi casa y trató de amenazarme para que le entregase esa carpeta, que yo no tengo. Me defendí y lo dejé sin sentido.

—¿Dónde está Miller ahora? —aulló Croll.

Clara se encogió de hombros.

—Supongo que se habrá ido de mi casa —respondió—. Empezaba a despertarse cuando yo salí.

Croll se pasó una mano por la cara.

—Tener a Miller en las manos y dejarlo escapar —masculló—. Señorita Hotcher, ¿sabe que ese hombre es un asesino?

—Entonces, usted es su cómplice —dijo ella sin pestañear.

—¿Yo, cómplice? ¡Si anoche estuvo a punto de asesinarme! —protestó el investigador.

—¿Habla usted en serio? —preguntó Clara, perpleja.

Croll señaló el teléfono.

—Llame al teniente Sheick, de Homicidios, si no me cree —dijo.

Clara vaciló.

—Me parece que he metido la pata —dijo gráficamente.

—¿Por qué ha venido a verme? —preguntó él.

—Porque su nombre figuraba en una agenda que tenía Miller sobre sí —explicó ella—. Entre otros nombres, por supuesto. Lo que sucede es que su casa está más cerca de la mía y por eso vine a verle a usted antes que a los otros.

—¿Quiénes son los otros? —inquirió Croll.

Clara apretó el bolso contra su pecho.

—Hay dos nombres —respondió—, pero no se lo diré...

—Señorita, el teniente Sheick me garantiza —afirmo Croll, muy serio.

—Bueno, si es verdad... —vaciló la muchacha.

—Lo es. Miller intentó anoche matar dos pájaros de un tiro.

Croll explicó a su visitante la aventura de la pasada noche. Clara le escuchó con ojos llenos de horror.

—Increíble —dijo cuando Croll hubo terminado su relato.

—Pero cierto —afirmó el investigador—. Y ahora, ¿querrá facilitarme esos dos nombres?

—Con una condición —accedió ella.

—¿Sí?

—¿Va a visitar a esos individuos?

—Por supuesto.

—Entonces yo le acompañaré, señor Croll.

—¿Por qué?

—Ayer quisieron secuestrarme. Conseguí frustrar el rapto. Tengo interés en saber qué hay detrás de este turbio asunto, ¿comprende?

Croll contempló a la muchacha un momento.

Bella y delicada, pero enérgica. Y, además, inteligente.

Una idea se le ocurrió de pronto. Sí, ¿por qué no?

Hacía tiempo que necesitaba un ayudante. La oficina daba cada vez más trabajo.

Realizar aquellas pesquisas con Clara podría resultar una prueba excelente para la muchacha. Y si daba resultado...

—De acuerdo —dijo—. Pero antes me permitirá mirar el correo.

—No faltaría más —accedió Clara.

Dentro del edificio había una agencia de mensajeros que se encargaba de distribuir la correspondencia a los numerosos despachos y locales de negocios existentes, También recibía paquetes y transportaba bultos y encargos a donde ordenaban los clientes.

Sobre su mesa de despacho, Croll divisó varias cartas y un paquete de forma cuadrada, cuidadosamente envuelto. Repasó las cartas rápidamente: facturas, propaganda y una propuesta para unas pesquisas sobre la conducta de una esposa supuestamente casquivana, que dejó a un lado para tomarla en consideración más adelante.

Luego se ocupó del paquete.

Estaba atado con un bramante y sellado con lacre. Acordándose de la bomba de la noche pasada, escuchó primero y comprobó que

no había ningún sospechosa mecanismo de relojería.

Luego cortó la cuerda y quitó el papel. Una caja de elegante cubierta apareció ante sus ojos.

Dentro de la caja había un espléndido encendedor de sobremesa.

—Hombre —exclamó al verlo—, ¿quién se habrá acordado de mí? Es un bonito detalle, ¿no le parece, señorita Hotcher?

Clara se puso pálida. Croll sacó cigarrillos y dijo:

—Vamos a probarlo…

—¡No! —chilló la muchacha.

—Pero…

Clara se puso en pie de un salto, alargó el brazo través de la mesa y quitó el encendedor de las manos del sorprendido investigador, antes de que él pudiera evitarlo.

—Espere y verá —dijo Clara.

Croll estaba perplejo. Clara estudió unos momentos el encendedor y luego estiró el brazo derecho.

Apretó el resorte de encendido. Sonó una detonación y algo se hundió con fuerza en la pared opuesta.

—¡Cielos! —exclamó Croll.

—Así es cómo murió Henry O'Poyle —dijo Clara.

* * *

El dueño de la tienda contempló el encendedor unos momentos y luego meneó la cabeza.

—No —dijo lacónicamente.

—La etiqueta procedía de aquí —manifestó Croll.

—Puede. Habrán comprado alguna otra cosa y luego despegado la etiqueta. Pero yo no vendo este tipo de mecheros —afirmó seriamente el comerciante—. Y así se lo he dicho también a la policía. Es el segundo mechero que me enseñan hoy.

Croll y Clara se miraron desconcertados.

—Entonces, ¿quién los envía? —dijo él.

Clara suspiró.

—Algún enemigo de O'Poyle… pero usted no tiene por qué hallarse en las mismas condiciones —alegó.

—Sin embargo, han querido asesinarme —refunfuñó Croll—. Gracias de todos modos, amigo —se dirigió al comerciante.

Salieron a la calle.

—¿Cuál era el negocio de O’Poyle? —preguntó él.

—Importación y exportación, señor Croll.

El investigador soltó una risita.

—¿De qué se ríe usted? —preguntó Clara.

—Importación y exportación. Una clase de negocios que permite encubrir muchas sucias actividades —dijo Croll.

—Sí —murmuró ella pensativamente—. Había cosas que no me gustaban. Por eso fui a despedirme de él y entonces fue cuando murió.

—¿Qué cosas no le gustaban?

—Pues… es difícil dar una definición exacta. Trampas legales, de poca importancia, si se quiere, pero que no acababan de gustarme, repito. Luego, llamadas raras…

—¿Recuerde alguna? —preguntó Croll.

—Había una que se producía con cierta frecuencia. Nunca dieron nombres, es decir, al menos a mí. Solo el nombre de un local: Red Moon.

—¿Las voces?

—Distintas, ordinariamente.

—¿Hombres?

—Solo una mujer en una ocasión.

—Está bien —dijo Croll—. Haremos una visita al Red Moon cuando tengamos tiempo. Ahora, ¿cuál es nuestro «cliente» más próximo?

—Grim Darns —contestó Clara.

—De acuerdo, vamos a ver a Darns.

CAPÍTULO V

Grim Darns era uno de los otros dos nombres que Clara había encontrado en la libreta de Miller. Croll no conocía al individuo ni tenía la menor noticia de cuáles pudieran ser sus actividades.

Llamó a la puerta. Pronto sonaron pasos al otro lado.

Un hombre abrió. Era fuerte, de rostro duro y expresión recelosa.

—¿Qué quieren? —preguntó desabridamente.

—¿Es usted Grim Darns? —indagó Croll.

—No. Yo...

Una voz hombruna sonó en el interior del piso, lujosamente decorado.

—¿Quiénes son, Jake?

—Una pareja. Preguntan por usted, jefe —contestó el individuo, cuyo aspecto era el de un pistolero a sueldo.

Se oyeron pasos en el interior. Grim Darns, cubierto su rechoncho cuerpo con una lujosa bata de seda roja, apareció ante los ojos de los dos jóvenes. Su calva brillaba relucientemente, menos, acaso, que sus pupilas oscuras y crueles.

—¿Qué quieren ustedes? —preguntó.

—Somos amigos de Paul Miller —respondió Croll sin inmutarse—. Deseamos hablar con usted, señor Darns.

—No deseo hablar con ningún amigo de ese sucio coyote que es Miller —declaró Darns—. Échalos a la calle, Jake.

—Ya han oído —dijo el pistolero—. Largo.

—Espere un momento —pidió la muchacha.

Jake la agarró por un brazo.

—¡A la calle! —bramó.

Clara le metió un dedo en el ojo. Jake empezó a rugir de dolor.

—Bien hecho —aprobó Croll.

Alargó la mano izquierda y paró un instante los frenéticos saltos de Jake. Luego disparó el puño y lo derribó fulminado.

—¿Cuento los diez? —preguntó Clara.

—No, agotaría el tiempo de que disponemos —respondió Croll

humorísticamente.

Y avanzó hacia Darns.

—Párese —ordenó el gordo.

Tenía un revólver en la mano.

—Un paso más y los acribillo a balazos —añadió

Croll puso los ojos en el arma.

—Usted es un pandillero —dijo.

—¿Sí? Qué divertido —contestó Darns, muy serio.

—Es amigo de Miller. Miller es un asesino.

—Es un hijo de...

—¡Cuidado, que hay damas delante! —exclamó Clara

—Está bien, no quiero hablar con ustedes. Váyanse.

Clara decidió hacer una prueba.

—¿Qué sabe usted de la carpeta EG-2? —preguntó

Darns puso cara de idiota.

—¿Qué está diciendo?

—No se haga el ingenuo. Usted sabe perfectamente qué es esa carpeta, pero no lo quiere decir. Está bien, ya se lo preguntará la policía. Vámonos, Pete.

Croll sonrió.

—Ya le ha oído; la policía vendrá a preguntarle por esa carpeta —se despidió.

Cerraron la puerta. A Clara le brillaban los ojos.

—Sabe qué es eso, Pete —dijo.

—Indudablemente, pero nosotros no. Tenemos que hacer algo para averiguarlo, ¿no le parece?

—¿Se le ocurre una idea?

—Sí. Vamos abajo, Clara.

El ascensor les llevó a la planta baja, situada a una distancia de quince pisos. Salieron a la calle, la cruzaron y entraron en un café situado frente al edificio.

Croll encargó dos tazas de café. Tuvieron tiempo de consumirlo de sobras, como asimismo un par de cigarrillos, antes de que Darns y su esbirro aparecieran en la puerta del edificio.

Había un coche parado a poca distancia. Jake abrió la portezuela trasera de la derecha y Darns se acomodó en el vehículo. Luego, Jake dio la vuelta y se sentó tras el volante.

Alargó la mano y dio el contacto. Entonces se produjeron dos

explosiones.

Darns y Jake murieron instantáneamente.

* * *

—El asesino es alguien que conocía bien las costumbres de Darns —dijo Croll.

Clara asintió. Todavía no se había ido de su rostro la palidez causada por el terrible espectáculo.

Croll llenó una copa y se la entregó a la muchacha. Estaban en el piso de Clara, a donde el investigador la había conducido a fin de dejarla allí y hacer que se repusiera de la impresión recibida.

—El asesino —continuó Croll— sabía que Darns se sentaba invariablemente en el asiento posterior derecho. Jake conducía el coche. Bien, en lugar de montar la clásica instalación explosiva, solo en el motor, colocó dos cartuchos, uno adelante y otro bajo el asiento, y ambos conectados a la corriente. Jake dio el contacto y...

Clara cerró los ojos. No, no había sido agradable ver saltar a dos cuerpos humanos por los aires.

—Una cosa hay indudable —afirmó el investigador—, y es que el asesino es una persona desprovista de escrúpulos.

—Pero ¿qué motivos tiene para matar a tanta gente? Asesinó a mi jefe, trató de matar a Cromarty, ha matado a Darns y a su gorila... sin contar el interno de asesinato contra usted...

—Y su secuestro que, según parece, está relacionado con estas actividades homicidas.

—Con la carpeta EG-2 —puntualizó Clara.

—Usted no recuerda nada de ella, ¿verdad?

—No la he oído mencionar jamás, Pete.

Croll reflexionó unos momentos.

—¿Quién se encargaba del archivo en la oficina de O'Poyle? — preguntó al cabo.

—Yo, pero esa cifra no corresponde a ninguna de las carpetas. El archivo se hacía por el método más común.

—Orden alfabético.

—Sí, Pete.

Croll estaba sentado junto a una mesa. Sus dedos tamborilearon en la madera.

—No se me ocurre ninguna idea —declaré al cabo—. Salvo tal vez…

—¿Sí, Pete?

—Hay que visitar al otro tipo de la agenda de Miller.

—Se llama Joseph Corradi —dijo Clara.

Croll miró a la muchacha.

—¿Está en disposición de salir? —preguntó.

—Por supuesto. Ya se me ha pasado el susto —sonrió ella.

Croll consultó el reloj.

—Son las tres de la tarde —dijo—. Quizá trabaje en algún sitio. Esperemos basta las seis; es casi seguro que a esa hora estará en su casa.

—De acuerdo, Pete.

Croll se equivocaba. Corradi estaba ausente de la ciudad, eso les manifestó el conserje de la casa donde vivía.

* * *

Fatigado y un poco decepcionado, Croll regresó a su casa.

Una ducha fría y ropas limpias, junto con un vaso de limonada bien helada, le devolvieron las fuerzas perdidas. Buscó papel y lápiz y se dispuso a trazar un esquema escrito de la situación, a fin de poder reflexionar con método.

Pero no pudo escribir una sola línea. Alguien llamó a la puerta.

Croll se levantó, cruzó la sala y abrió. Parpadeó.

—¿Puedo pasar? —preguntó Aouda Merrimac insinuantemente.

El investigador tragó saliva.

Aouda vestía de una forma extremadamente osada; dos delgados tirantes en el delantero del vestido y nada a la espalda. Parecía que solo llevase la falda puesta.

Y no mucha cantidad de falda, porque el borde inferior quedaba a treinta centímetros de la rodilla. El pelo, rojo como una llama, hacía juego con el verde estridente del vestido.

—E…entre —accedió Croll.

Aouda caminó ondulantemente y tomó asiento, con un fascinador despliegue de sus bien torneadas extremidades inferiores. Dejó el enorme bolso negro que llevaba a un lado y miró a Croll con un incitante aleteo de pestañas.

—¿No me ofrece nada de beber? —preguntó.
—Eh… bueno. ¿Qué prefiere?
—Lo que tenga, con dos cubitos de hielo.
—Sí, un momento.
Croll fue a la cocina y saco hielo del refrigerador. Se preparó un trago para él; sentía que lo necesitaba.
—Tome —dijo, entregándole un vaso.
Aouda bebió. Luego, recostándose en el diván, volvió a mirarle perturbadoramente.
—Necesito de usted, amigo mío —dijo.
—Siempre a su disposición, señora…
—Aouda, por favor, no emplee tratamientos.
—Bien, Aouda, ¿en qué puedo servirle?
Ella dejó el vaso en una mesita cercana. De pronto, se puso en pie y corrió a colgarse del cuello de Croll.
—Estoy en un gravísimo peligro —dijo—. Quieren asesinarme.
—¿Por qué no acude a la policía, señ… digo Aouda?
—Usted, solo usted podrá salvarme. ¿No hace toda clase de servicios?
—Sí, claro…
—Incluso pasea elefantes.
—Si el cliente tiene un elefante, por supuesto.
Aouda se apretó más contra el joven.
—Yo tengo un enemigo mortal —dijo—. Quiero que vaya a verle y le disuada de atacarme.
—¿Cómo se llama?
—William Rarman, Pete.
—Rarman —musitó él—. Me suena ese nombre.
—Es probable —admitió Aouda—. Vaya a verle —pidió, frotando su mejilla contra la del joven—. Dígale que me deje en paz, que no sea tan celoso. Yo no le quiero, ¿sabe?
—Sí…
—Es un tipo repugnante, antipático, odioso. Cree que lo puede tener todo con dinero.
—Usted no es pobre, precisamente.
Aouda soltó una risita.
—Las apariencias, amigo mío, las apariencias —dije—. La casa y el parque es todo cuanto me queda y ya he hipotecado la propiedad.

Dentro de tres meses, si no he rescatado la hipoteca, me veré en el arroyo, entregada a solicitar la caridad humana.

Era una inicua declaración melodramática, calificó Croll *in mente*.

—Usted no será pobre jamás —dijo—. Tiene el mayor de todos los tesoros.

—¿Mi belleza, para ser vendida al mejor postor?

—No, su hermosura de alma.

«Puestos a ser melodramáticos, a ver quién lo es más», pensó Croll.

Aouda pareció decepcionarse.

—Nadie se fija en el alma —se lamentó—. Todos miran mi cuerpo…

—Es que, ¡demonios!, tiene mucho que mirar —dijo Croll espontáneamente.

—¿De veras? —preguntó ella orgullosamente.

Se separó un par de pasos, alisándose la falda por las caderas, a la vez que hacía una profunda inspiración.

—¿Le gusto, Pete?

Croll sintió que se le secaba la boca.

—¿Dónde vive Rarman? —preguntó, para desviar la conversación.

Aouda se le acercó de nuevo.

—Hablemos ahora de nosotros —pidió con voz susurrante.

«Soy un hombre débil, soy un hombre débil. Voy a ceder y no quiero ceder», se dijo Croll.

CAPÍTULO VI

The Red Moon era una taberna muy concurrida que se hallaba situada en una calleja cercana al puerto. Antes de entrar, Clara Hotcher vaciló unos momentos.

Se había vestido de una forma que creyó adecuada para la ocasión: pullover cerrado, de cuello alto, negro, pantalones rojos, muy ceñidos, y zapatos de tacón alto. Maquillada con deliberada exageración, llevaba el pelo sujeto en un moño de grandes dimensiones. Pendiente de su hombro izquierdo tenía un bolso negro de buen tamaño.

Al final, se decidió a abrir. Empujó la puerta y arrugó la naricilla al percibir aquella «deliciosa» mezcla de olores: sudor, alcohol barato y perfume ídem.

Abundaban los marineros y también gentes de distinta ralea y pelaje. Las lámparas aparecían envueltas en una densa nube de humo azul.

Había mujeres. Vestidas con exageración y pintarrajeados labios, ojos y mejillas.

Clara encontró una mesa vacía en un rincón y la ocupó. Un camarero con barba de dos días vino frotándose las manos con un mugriento delantal.

—¿Qué va a ser? —preguntó.

—Ginebra. Doble —contestó Clara. ¿No se pedía ginebra en las tabernas portuarias?

—Al momento, guapa.

El camarero se volvió. Clara le llamó secamente:

—¡Oiga!

—¿Sí? —pregunte el hombre, volviéndose.

—Soy una cliente de esta infecta taberna —dijo la muchacha—. Si vuelve a tomarse confianzas conmigo, le romperé una silla en la cabeza.

El camarero tragó saliva.

—Sí... sí, señorita...

—Traiga lo que le he pedido; y cuando vea al dueño, dígale que

quiero hablar con él. Vamos, aprisa.

Clara sonrió interiormente. Era preciso demostrar energía, se dijo.

Abrió el bolso, sacó un cigarrillo y se lo puso entre los labios.

Una mano apareció ante ella, sosteniendo un fósforo encendido.

—¿Sola? —preguntó el marinero.

Clara le miró de reojo. Era un hombre joven, tremendamente fornido, atractivo.

—Sí, y quiero seguir sola —contestó desabridamente.

—No quise molestarle —se disculpó el marinero.

Clara guardó silencio. La ginebra llegó a poco.

—El patrón vendrá enseguida —anunció el camarero.

Ella lanzó al aire una moneda.

—Guárdese la vuelta.

—Gracias, señorita.

Clara se mojó los labios con la ginebra. «¡Horrible sabor!», calificó.

Poco después llegó un hombre grueso y medio calvo de mirada miope.

—Soy el dueño. ¿Qué quieres? —preguntó.

Clara le dirigió una larga mirada.

—Haga, el favor de tratarme con el debido respeto —dijo—. ¿Cómo se llama usted?

—Barry, Barry Rolf... pero ¿qué es lo que quiere?

La muchacha sacó su polvera y, con el pitillo colgado de los labios, dijo:

—Tengo un buen asunto para usted. Hay pasta a ganar.

—¿De veras? —rio el dueño burlonamente.

—O'Poyle ganaba dinero y se lo daba a ganar a usted, creo.

Rolf dejó de reír.

—¿Cuánto? —preguntó.

—Primero dígame su precio, Barry.

—Lo de costumbre, claro.

—Ni hablar. Un diez por ciento más.

Rolf lanzó una maldición.

—Todo sube —masculló.

—El coste de la vida ha aumentado este año en un cinco y medio por ciento —dijo irónicamente la muchacha.

—Lo siento, pero no puedo pagar más de mil quinientos por paquete.

Clara se encogió de hombros. Luego sacudió la ceniza del cigarrillo con el meñique.

—Usted se lo pierde —respondió fríamente.

Rolf vaciló un instante. Sus menudos ojillos escrutaron un instante el bolso de Clara.

—Todavía no sé cómo se llama —dijo al cabo.

—Mary Smith —respondió la muchacha con desparpajo.

—Mary Smith, ¿eh? Ese nombre es falso.

—Pero sirve para la ocasión, ¿no?

Rolf volvió a gruñir.

—Acabará volviéndome loco —murmuró—. Bien, aguarde unos momentos.

El dueño de la taberna se marchó. Clara observó que se metía por una puerta situada en el extremo opuesto del mostrador.

Acabó el cigarrillo y lo aplastó contra el cenicero. De repente, un hombre se acercó a ella y puso ambas manos sobre la mesa.

—Preciosa, ¿tomamos una copa juntos? —sugirió.

Clara miró al individuo y se estremeció. Era fuerte, pero tenía un rostro repulsivo, a causa de las numerosas cicatrices, producto sin duda de abundantes peleas tabernarias. Le faltaba media oreja izquierda, tenía un párpado perezoso y su ceja izquierda estaba partida.

Además, olía horriblemente a ginebra barata.

* * *

—Bien —dijo el individuo—, ¿no me contestas? Pago yo, de modo que no tiene por qué preocuparse...

Alguien tocó en el hombro al individuo. Era el marinero que antes había intentado entablar contacto con Clara.

—Burke, largo; deja a la chica en paz.

El hombre de las cicatrices permaneció como estaba un instante. Luego, de súbito, sin previo aviso, metió el codo en el estómago del joven marinero.

Clara gritó. El marinero rubio se curvó hacia adelante. Un puño se estrelló contra su mandíbula y lo arrojó contra una mesa ocupada

por dos parejas.

Las chicas chillaron. Los hombres blasfemaron y la mesa se hizo astillas bajo los noventa y cinco kilos de peso del joven marinero.

Clara apostrofó a Burke:

—¡Salvaje! ¡Bestia!

Burke se echó a reír. Alargó la mano hacia ella, pero de pronto salió disparado contra la pared cercana.

En el camino atropelló a un individuo. Los dos rodaron por el suelo, jurando ensordecedoramente.

—Vamos, traidor, levántate —gritó el joven marinero.

Burke se incorporó de un salto, con los ojos inyectados en sangre. Venenosamente, Clara le puse una silla en el camino y Burke tropezó y cayó de bruces al suelo.

Un amigo de Burke atacó al marinero por la espalda, lanzándolo contra dos hombres que contemplaban la pelea. Uno de ellos golpeó al marinero, quien contestó con un tremendo derechazo que arrancó al individuo del suelo y lo hizo volar hasta el mostrador.

El otro atacó al marinero. Este lo agarró por la cintura y lo elevó en el aire, lanzándolo contra Burke, que ya se arrojaba de nuevo a la carga.

Dos hombres empezaron a darse de puñetazos junto a Clara. La muchacha agarró una silla y abatió a uno de ellos. Con los restos del mueble, derribó al otro.

La pelea se generalizó. El marinero recibió un golpe y salió disparado contra el mostrador, que trepidó espantosamente. Un hombre se lanzó contra él, pero lo agarró también por la cintura y lo lanzó hacia atrás, sobre su cabeza, proyectándolo contra la estantería llena de botellas, que se rompieron con tremendo estrépito.

Rolf se desgañitaba tratando de imponer orden a gritos. Alguien le rompió una botella en la cabeza y Rolf se sentó en el suelo, llorando a lágrima viva.

Volaban las botellas y se rompían mesas y sillas. Se oían aullidos de placer y gruñidos de dolor, mezclados con gritos de miedo de las chicas o exclamaciones de alegría de alguna de ellas cuando veía que su favorito colocaba un buen golpe.

De repente, Clara sintió que la agarraban por una mano.

—Vámonos de aquí —dijo el marinero—; la policía no tardará ni

cinco minutos en llegar y todo el mundo acabará en la comisaría.

Clara se dejó llevar. Atravesaron la sala, que parecía un campo de batalla y, por una puerta trasera, salieron a un callejón, dejando tras sí un enorme pandemónium, en el que todos peleaban ya contra todos, sin conocer los motivos ni los orígenes de la pelea.

En la calle, el marinero soltó una alegre carcajada.

—Divertido, ¿no? —exclamó.

—Un poco —admitió Clara, respirando aliviada.

—Yo soy Phil MacKenna. ¿Cómo te llamas?

—Mary Smith, Phil.

—¿De veras?

—¿Tienes motivos para dudarlo, Phil?

—Hombre, claro que no. Dispénsame, muchacha; no quise ofenderte.

—No te preocupes.

A lo lejos se oía ya la sirena de un coche policial. MacKenna y Clara corrieron a lo largo de unas callejas, de suelo brillante por la humedad que subía del suelo.

La carrera cesó al hallarse en lugares más concurridos.

—Aquí nos separamos, Phil —dijo Clara.

—¿Sí, Mary?

—Sí.

MacKenna meneó la cabeza.

—Me había hecho a la idea de que me invitases a una copa en tu casa —se lamentó.

—Olvídalo. Te agradezco lo que has hecho por mí, pero no soy de la clase de chica que tú crees.

—Entonces, ¿qué diablos hacías en ese infecto tugurio?

Clara vaciló.

—Es... bueno, soy periodista y trato de hacer reportajes, pero tomando mis asuntos de la realidad —contestó al fin.

—Periodista —repitió MacKenna.

—Sí, Phil.

El marinero la contempló unos momentos. De pronto, la abrazó con fuerza, atrayéndola hacia sí y, acto seguido, la besó en los labios.

—¡Oh! —dijo Clara, cuando él la hubo soltado—. ¡Tipo fresco!

MacKenna se echó a reír.

—Me he cobrado el favor que te he hecho al evitarla ir a la comisaría —dijo.

—Buenas noches —contestó ella secamente.

Y echó a andar con seco taconeo, sin volver la cabeza una sola vez.

Más tarde, se pasó dos dedos por los labios. Sentíase notablemente conturbada por aquel inesperado beso. Pero no lo lamentaba demasiado.

Bien mirado, Phil era un tipo verdaderamente simpático. Y guapo.

Además, se sentía contenta.

Creía haber hallado una buena pista en The Red Moon. Sería cosa de intentar hablar de nuevo con Barry Rolf.

Por cierto, ¿qué clase de paquetes eran los que valían mil quinientos dólares unidad?

¿Drogas?

* * *

Pete Croll despertó bien entrada la mañana. Le pareció hallarse todavía flotando sobre nubes.

Aouda Merrimac. Una hermosa mujer.

Seductora, dulce, acariciadora...

Y amenazada de muerte por William Rarman.

¿Dónde demonios había oído el nombre de Rarman?, se preguntó.

Lo recordó súbitamente. Claro, él le había hecho un informe y Rarman le adeudaba trescientos veinte dólares.

—Curiosa coincidencia —musitó, mientras se dirigía hacia la ducha.

Cuando salió, sonaba el timbre del teléfono.

—¿Quién es? —preguntó.

—¿Pete? Soy Clara.

—Ah, hola, Clara. Buenos días. ¿Ocurre algo de particular?

—Sí, Pete, pero me gustaría hablar con usted personalmente.

—Escuche, acabo de salir del baño...

—Se ve que se le han pegado las sábanas, ¿eh —dijo ella mordazmente.

Croll suspiró. Se acordaba de Aouda Merrimac.

—Un poco. Estuve trabajando hasta muy tarde —mintió.

—Está bien, no se preocupe. ¿Cuánto tardará en estar listo?

—Media hora. Y un cuarto más para ir a mi oficina Allí nos encontraremos, Clara.

—De acuerdo. Dentro de cuarenta y cinco minutos Ah, Pete, ¿sabe una cosa? Anoche estuve en The Red Moon.

—Interesante —calificó él—. ¿Vio algo de importancia?

—Creo que sí… pero se lo diré en su oficina.

—OK, Clara. Hasta luego.

—Hasta luego, Pete.

Croll volvió el teléfono a la horquilla. Acto seguido fue a la cocina y puso a calentar el agua para el café del desayuno.

Mientras se vestía, se dijo que la factura que tenía que presentar a Rarman iba a ser un magnífico pretexto para visitar al individuo y hablarle de Aouda Merrimac.

CAPÍTULO VII

A Croll le divirtieron mucho las peripecias de Clara en la taberna. Ella pareció sentirse molesta al principio, pero luego acabó por reír francamente.

—Lo peor no es eso —dijo al terminar—. Lo peor de todo es que el dueño me habrá echado el ojo y no sé cómo volver allí.

—Disfrácese —aconsejó él.

—No tengo experiencia.

—Déjelo de mi cuenta, pero no esta mañana. ¿Alguna otra dificultad?

—Sí, una, Pete ¿Qué clase de paquetes son esos que valen mil quinientos dólares la unidad?

—No tengo la menor idea —respondió él—. Pero eso podemos averiguarlo a la noche.

—¿Irá usted?

Croll hizo un signo de asentimiento.

—Vuélvase a casa y espéreme allí —indicó—. No sé cuánto tardaré, pero no se mueva para nada. Eche la cadena de seguridad y cuidado con quien llame, ¿estamos?

—Sí, Pete, aunque el otro día abrieron la puerta, incluso con la cadena echada.

Croll metió la mano en el cajón de la derecha y sacó un objeto de forma alargada, la mitad de ancho que un paquete de cigarrillos.

—Póngalo sujeto a la puerta y a la jamba —indicó—. Va por simple adherencia, de modo que no necesita hacer nacía especial. Si alguien intentase entrar sin llamar, se llevaría un buen chasco.

—¿Un sistema de alarma?

—Llamémoslo así, aunque también podríamos llamarlo insecticida.

Clara le miró con expresión de buen humor.

—Ahuyenta moscones, ¿eh?

—Sí. A propósito, ¿no ha averiguado nada de la carpeta EG-2?

—Nada, ni una palabra, Pete.

Clara se marchó a los pocos minutos. Croll se quedó solo y

examinó la factura que no había enviado aún a Rarman.

Permaneció unos momentos inmóvil.

¿Era cierto que Rarman pretendía asesinar a Aouda Merrimac?

Pronto podría saberlo, se dijo, mientras salía de su oficina para dirigirse a la casa de Rarman.

* * *

Alguien le escrutó a través de la mirilla de la puerta: después de haber llamado. Croll soportó estoicamente la investigación.

La puerta se abrió al fin. Un hombre apareció ante sus ojos, enfundado en un batín de seda blanca con la mano derecha en el bolsillo del mismo lado.

—¿Quién es usted y qué quiere? —preguntó secamente.

—¿Rarman? —dijo el investigador.

—Sí, yo mismo.

—Soy Pete Croll. Usted me encargó una investigación por teléfono. Le traigo el resultado y la factura.

—Ah, sí, ahora lo recuerdo. Pase, por favor.

—Gracias, señor Rarman.

Croll entró en el piso, decorado con lujosa sencillez. Rarman, apreció, era hombre no solo de dinero, sino de buen gusto.

—¿A cuánto asciende la factura? —preguntó el dueño de la casa.

—Trescientos veinte dólares, señor Rarman.

—Caro.

Croll se encogió de hombros.

—Tómelo como quiera —dijo indiferentemente—, pero esa es la suma a que ascienden mis honorarios.

—¿Qué pasaría si no quisiera pagarle?

—Me iría con los bolsillos vacíos, claro.

Rarman se echó a reír de pronto.

—Creí que me iba a contestar que la emprendería a golpes conmigo —dijo.

—En mi profesión, debo contar siempre con un porcentaje de impagados —dijo Croll sin inmutarse.

—Es lógico. Pagaré —aseguró Rarman—. ¿Tiene ahí los informes?

—Sí, señor.

Croll sacó un sobre y lo dejó sobre una mesa cercana. Rarman se retiró al otro lado de la estancia y se sentó tras un escritorio.

Momentos después, regresaba junto a Croll, con un cheque en la mano.

—Sus honorarios —anunció.

Croll leyó la cifra escrita en el cheque. A continuación, lo dobló y guardó en la billetera.

—¿Eso es todo? —dijo Rarman.

—No. Falta una cosa —contestó Croll.

Rarman enarcó las cejas.

—¿De qué se trata?

—Usted conoce a Aouda Merrimac.

Los ojos de Rarman despidieron chispas de ira.

—Sí, pero ese no le importa a usted en absoluto —contestó en tono desabrido—. Conmigo ya ha terminado, así que lárguese de una vez y...

—Nada de eso —contradijo el investigador—. La señora Merrimac me ha dado un mensaje para usted...

—No escucharé nada procedente de esa zorra —aulló Rarman. De pronto sacó el revólver y apuntó a la frente de su visitante—. ¡Dispararé si no se va de aquí antes de diez segundos! —bramó.

Croll elevó las dos manos.

—Escuche...

—Uno... —empezó a contar Rarman.

—Ya me voy, ya me voy —dijo Croll conciliadoramente—. Si usted no quiere escucharme, se lo diré así a la señora Merrimac y allá se las arreglen los dos.

—Lo que tiene que decirle es que es ella quien debe dejarme en paz —contestó Rarman—. Vamos, lárguese, cerdo.

Croll apretó los puños.

—Si no tuviese ese revólver en la mano, le rompería los dientes —aseguró.

—Pero lo tengo y no dejaré que se me acerque. ¡Fuera, esbirro!

El joven abandonó la casa bramando de furor.

—Aouda me oirá en cuanto me la eche a la cara —gruñó—. Ya lo creo que me oirá.

En el vestíbulo del edificio, al salir del ascensor, se cruzó con dos individuos de sombrío aspecto, en los cuales, sin embargo, no

reparó apenas, preocupado como estaba. Salió a la calle y, de pronto, se notó bastante excitado por la despedida de Rarman.

«Una copa me hará bien», se dijo.

Había un bar con mostrador a la calle a pocos pasos. Croll se acercó al establecimiento y pidió una copa.

Había tomado un sorbo cuando, de pronto, oyó un horrible alarido que sonaba en las alturas.

La gente que circulaba por la escalera miró hacia arriba y, de pronto, echo a correr espantada en todas direcciones.

El chillido se hizo más fuerte. Croll volvió la cabeza.

Oyó un oscuro zumbido. De repente, el horrible ruido de un cuerpo humano al estrellarse contra la acera.

La bata blanca del caído se manchó instantáneamente de sangre. Croll sintió náuseas al ver el rostro de Rarman deshecho por el impacto contra el suelo asfaltado.

Una mujer se desmayó. Un atildado caballero se apoyó de pronto contra la pared y empezó a vomitar.

Croll acabó la copa de golpe. Agarró la botella y bebió directamente, sin que el aterrado camarero hiciese la menor objeción.

No tardó en oírse el alarido de una sirena policial. Dos hombres salieron de la casa, lanzaron una mirada indiferente al ensangrentado montón de carne que era el cuerpo de Rarman y se metieron en un coche estacionado a poca distancia.

Sin saber por qué, Croll presintió que aquellos dos individuos eran los que acababan de defenestrar a Rarman.

Antes de que pudiera hacer nada, la pareja se había perdido de vista a bordo de su automóvil.

* * *

Clara Hotcher se miró al espejo y observó complacida la transformación que el investigador había operado en sus facciones.

—¿Soy yo esa chica que se ve ahí? —preguntó.

Croll se echó a reír.

—Ahora es Edna Jones, si le gusta el nombre —contestó—. Pero todavía le falta otra cosa.

—¿Qué es, Pete?

Croll abrió una cajita y sacó de ella una aguja de inyectar, así como algodón y alcohol.

—Su brazo izquierdo —pidió.

La muchacha obedeció. Tras desinfectar la piel y la aguja, Croll le dio varios pequeños pinchazos en el hueco del antebrazo.

—Ahora levántese la falda —ordenó.

—¡Oh! Pero...

—Vamos —gruñó él—. No es mucho, de todas formas, lo que la tiene que subir.

Clara enrojeció. La verdad era que su falda resultaba cortísima.

Mientras Croll le pinchaba en el muslo izquierdo, volvió a mirarse al espejo.

Ahora usaba una peluca morena que, con el maquillaje adecuado, que daba a su piel un tono aceitunado y las lentillas que variaban el color de sus pupilas, le hacían totalmente irreconocible para quien no la conociera de antemano.

—Cuando hable con Rolf, procure ostentar los pinchazos. Creerá que es una toxicómana, ¿comprende?

—Sí, pero ¿qué hará usted?

—No se preocupe. Yo estaré cerca e intervendré en el momento oportuno.

—Está bien, Pete.

Croll empezó a recoger los útiles de maquillaje.

—¿Cómo se disfrazará usted? —preguntó Clara.

El joven sonrió.

—Ya lo verá... si es necesario —contestó evasivamente.

—Comprendo. Usted no quiere que yo pueda traicionarlo aunque sea de un modo involuntario.

—Exacto, Clara.

—Me ha caracterizado muy bien —dijo ella—. ¿Dónde lo aprendió?

—Lo da el oficio —sonrió Croll.

—Ya lo veo —Clara se puso seria de pronto—. Pete, ¿por qué mataron a Rarman?

—No lo sé —respondió él preocupadamente—. Yo le conocía a causa de una investigación que me ordenó realizar acerca de un tipo llamado Martin Helsom...

—¡Helsom! —repitió Clara con acento de asombro.

—¿Lo conoce usted? —preguntó Croll ávidamente.

—Le he visto un par de veces en la oficina de mi difunto jefe —explicó la muchacha—. O'Poyle me explicó que era el socio capitalista del negocio.

Croll se mordió los labios.

—Pudiera ser —musitó al cabo—. Según pude averiguar, Helsom es un hombre de mucho dinero... pero no acabo de comprender por qué se metió en un asunto de drogas, porque, después de lo que ha pasado, no me cabe ya la menor duda de que él también tiene participación en este sucio negocio.

—Pete, yo le diré un motivo que se lo explicará todo —aseguró la muchacha.

—Hable, Clara —invitó él.

—Dinero, Pete. A algunos no les basta con lo que tienen y quieren más. Si ansían obtenerlo con rapidez, no hay más que una manera de conseguirlo.

—Recurriendo al delito.

—Justamente.

Croll hizo un gesto de asentimiento.

—Pudiera ser —concordó—. Bien, nos veremos en The Red Moon a partir de las nueve de la noche. ¿De acuerdo?

—De acuerdo.

* * *

En un principio, Clara se sorprendió al ver reparados los desperfectos de la taberna, pero no tardó en darse cuenta de que Rolf tenía que hacer seguir adelante el negocio.

Buscó una mesa y se sentó. El mismo camarero de la víspera vino a preguntarle qué deseaba tomar.

—Ginebra —dijo Clara con voz aguardentosa—. Doble, por supuesto.

—Está bien.

El camarero se retiró para volver a los pocos momentos. Clara estaba encendiendo un cigarrillo con mano que temblaba visiblemente.

—Busca al dueño —ordenó.

—¿Eh? —dijo el mozo.

—Ya lo has oído. Quiero verle… y pronto, ¿está claro?

El camarero se fijó en el ligero temblor de las manos de la chica y se encogió de hombros.

—Está bien, le diré que venga. Pero me parece que pierdes el tiempo —agregó, dejando a Clara no poco perpleja y desconcertada.

CAPÍTULO VIII

Un hombre joven, con frondoso bigote negro, vestido de oscuro y con un jersey negro bajo la chaqueta, entró en la taberna. Cojeaba ligeramente al andar, por lo cual necesitaba ayudarse con un bastón ortopédico.

Nadie se fijó en el recién llegado ni él, por otra parte, puso excesivo interés en llamar la atención. Mientras, el camarero hablaba con Rolf.

—Hay una prójima que quiere verle, patrón —dijo.

Rolf estaba contando dinero en un cuartito situado tras el mostrador y a un nivel ligeramente superior.

—¿Qué es lo que quiere? —preguntó abruptamente.

—No lo sé, pero le he visto rastros de pinchazos en el hueco del brazo izquierdo.

—Se inyecta drogas, ¿eh? Bien, dile que se vaya al diablo. Aquí no tenemos esas porquerías, ¿estamos?

—Sí, patrón.

—Y échala del local. No quiero más compromisos con los polizontes.

—Sí, jefe.

El camarero salió. Rolf se levantó y, acercándose a una de las paredes, descorrió un tablero que ocultaba una mirilla de unos diez o doce centímetros de longitud, por dos de ancho.

Clara vio acercarse al camarero y volvió a simular el tembleque de sus manos.

—¿Qué dice el dueño? —preguntó.

El camarero quitó el vaso de encima de la mesa.

—Largo —contestó secamente.

—¿Cómo?

—Ya lo has oído, furcia. Vete del local ahora mismo.

Clara se quedó parada un instante. Enseguida reaccionó.

—¿Qué pasaría si no quisiera irme? —preguntó.

El camarero dio la vuelta a la mesa y la agarró por un brazo.

—Vamos, no me hagas una escenita —dijo.

—Espera un momento. Tengo dinero. Te daré diez dólares...

—¿Me tomas por tonto? —rio el mozo—. Rolf me echaría a patadas en el acto. Nos está viendo, ¿comprendes?

—Luego...

—No. A la calle.

—Está bien —dijo Clara—. Trata de echarme y empezaré a gritar diciendo que esto es un antro de venta de drogas. Verás qué jaleo más bonito se organiza.

El camarero se puso pálido.

—Tú no puedes...

—Claro que puedo —rio la muchacha—. ¿Qué, grito o llamas al patrón?

El mozo lanzó un juramento. Soltó el brazo de Clara y se marchó con paso rápido.

—¿Qué diablos quiere esa pájara, Louis? —preguntó Rolf de malísimo talante, cuando vio entrar al camarero de nuevo en su despacho.

—Hablar con usted —respondió Louis. Y le explicó lo que le había dicho Clara.

—Maldita sea —gruñó Rolf—. Esa fulana no es lo que parece. Está buscando otra cosa... y yo sé lo que es. Louis, tráeme aquí a Bernie y a Mike. Pronto, ¿estamos? En cuanto los veas entrar en el despacho acompáñala.

—Sí, patrón.

Pasaron algunos minutos. De pronto, Clara vio que se le acercaba el camarero.

—Venga —dijo Louis secamente.

—Ya era hora —exclamó Clara con un suspiro de alivio.

La muchacha se puso en pie y cruzó la sala, siguiendo al camarero. Un minuto más tarde, el marinero cojo se levantó también y simuló dirigirse a los lavabos.

En lugar de ello, se metió por una empinada escalera de ocho peldaños, terminada en un pequeño rellano. Se acercó a la puerta y se puso a escuchar.

* * *

—De modo que buscas drogas, ¿eh? —dijo Rolf.

Clara abrió el bolso y sacó un rollo de billetes.

—¿Cuánto? —preguntó, impasible.

Rolf soltó una risita. Sin contestar, atravesó la estancia y descorrió unas cortinas que había al fondo.

—Pasad, muchachos —dijo.

Dos hombres de voluminoso corpachón aparecieron ante los ojos de Clara y avanzaron hacia ella. La muchacha se sintió invadida en el acto por un pánico espantoso.

—¿Es esta? —preguntó uno de los gorilas.

—Sí. Ya sabéis lo que hay que hacer con ella. Con cuidado, sin armar alboroto, pero sin dejar rastro.

—Descuide, jefe.

Una enorme mano se alargó hacia el brazo izquierdo de Clara. La chica trató de defenderse, pero otra mano la sujetó por el otro brazo, a la vez que una tercera mano le tapaba la boca.

—Sin rastro, ¿estamos? —insistió Rolf.

—Quede tranquilo, patrón.

Clara intentó debatirse, pero todo fue en vano. Se vio arrastrada hacia una puertecita situada en el lado opuesto a la entrada y, cuando uno de sus captores alargaba la mano hacia el picaporte, se oyó un ruido tremendo.

La puerta de entrada se abrió violentamente y un hombre rodó por tierra. Louis gritó:

—¡Cuidado, patrón! ¡Estaba escuchando!

Rolf se sorprendió en el primer momento. No tardó en reaccionar.

—¡Quieto! —dijo, encañonando al intruso con una pistola.

—¡Pete! —gritó Clara, sin poder contenerse. Por un instante, su boca había quedado libre, pero no tardaron en tapársela de nuevo.

Croll se sentó en el suelo, aturdido por el golpe recibido en la nuca, aunque capaz todavía de percibió cuanto sucedía a su alrededor. La pistola en la mano de Rolf le invitó a la rendición instantánea.

—Gracias, Louis —dijo Rolf.

—Trajeron este paquete para usted —explicó el camarero—. Vi a este sujeto agachado, escuchando a través de la cerradura, y le di un golpe…

—Has hecho bien —aprobó Rolf—. ¡Un paquete! ¿Quién lo ha

traído? —preguntó a continuación.

—No lo conozco. Un hombre entró en la taberna y me lo dio...

—Está bien. Sigue despachando, Louis.

—Sí, patrón.

El camarero desapareció. Rolf movió la pistola.

—Levántese —ordenó.

Croll se puso en pie. Su bastón ortopédico estaba en el suelo, a distancia suficiente para no poder utilizarlo como arma defensiva.

—Será mejor que...

—¡Cállese! —le apostrofó Rolf violentamente—. Usted y esta prójima vinieron juntos, aunque lo disimularon. Sé lo que buscan, pero no lo encontrarán ni dejaré que lo encuentren. ¡Bernie!

Uno de los gorilas se destacó, mientras el otro continuaba sujetando a la chica.

—¿Tienes tu pistola a mano? —pregunte Rolf.

—Sí...

—Sácala. En lugar de un fiambre, habrá dos esta noche. ¿Entendido?

—Sí, patrón.

Bernie extrajo una pistola y la apoyó en la nuca de Croll.

—Andando —ordenó.

Los ojos de Clara dirigieron al investigador una muda mirada de súplica. Croll contestó con un gesto de impotencia.

—Vamos —ordenó Bernie.

La pistola era suficiente amenaza para evitar que ninguno de los dos prisioneros opusiera la menor resistencia. Resignados a lo inevitable, Croll y Clara se dejaron llevar.

Rolf quedó a solas en el despacho. Encendió un cigarro malhumoradamente.

—Las cosas se están torciendo —dijo—. Si no conseguimos arreglarlas pronto...

Entonces se fijó en el paquete que le había traído Louis y que había olvidado en la excitación del momento.

Se acercó a la mesa y lo tomó con ambas manos, sopesándolo especulativamente. Luego, tras un encogimiento de hombros, sacó una navaja, cortó el bramante que sujetaba el papel de envolver y rasgó este de un par de manotazos.

Una caja de madera, cuya tapa estaba sujeta con dos simples

presillas, apareció ante sus ojos. Rolf se preguntó por el contenido de la caja.

—¿Quién diablos me lo habrá enviado?

Soltó la primera presilla. Soltó la segunda y levantó la tapa.

Entonces salió una luz intensísima de la caja

Rolf no oyó el fenomenal estampido de la explosión. Sus clientes sí.

El panel de las botellas voló con aterrador estrépito, produciendo una confusión indescriptible en el interior de la taberna.

* * *

Había un coche negro parado en el callejón trasero Bernie dijo:

—Sube tú primero y encañónalos, Mike.

—OK, Bernie.

La mente de Croll funcionaba con gran actividad buscando el modo de evadir la suerte que les aguardaba. Pero los dos gorilas eran hombres avezados y no se descuidaban un momento.

Mike se sentó tras el volante. Sacó la pistola y se volvió hacia atrás, a la vez que decía:

—Cuando quieras, Bernie.

—Está bien. Ustedes, adentro...

Una voz rotunda interrumpió súbitamente al pistolero:

—Será mejor que dejen caer las armas. Les tengo encañonados y dispararé...

¡BOOOM!

Un tremendo estampido sonó en aquel momento dentro de la taberna. Una puerta voló por los aires al callejón y una espesa nube de humo blanco empezó a salir por el hueco.

Croll se lanzó hacia adelante, empujó a la muchacha y dio un manotazo al arma que empuñaba el aturdido pistolero. Clara cayó lanzando un agudo grito.

Mike saltó al suelo y disparó una vez. Alguien hizo fuego en las tinieblas y el pistolero se desplomó, después de lanzar un aullido.

El otro escapó a la carrera, aprovechando la confusión del momento. En el interior de la taberna se oía un ruido aterrador.

—No te muevas, Clara —dijo Croll.

—Con que se llama Clara, ¿eh? —sonó la misma voz que había amenazado a los pistoleros.

La muchacha se sentó en el suelo.

—¡Phil!

—El mismo —contestó MacKenna alegremente.

Croll se sentía atónito.

—¿Lo conoce? —preguntó.

Una silueta se destacó de la oscuridad. MacKenna se acercó al pistolero caído y lo examinó unos instantes.

—Lástima —dijo—. Está muerto.

—¿Quién es este hombre? —preguntó Croll.

—Un marinero. Phil MacKenna… —contesto Clara débilmente.

—¡Qué marinero ni qué narices! —refunfuñó Croll—. Es el sargento MacKenna, de la Brigada de Estupefacientes.

—¡Hola, Pete! —saludó MacKenna con jovial acento—. ¿Qué hacías por aquí?

—Lo mismo que tú, husmear y meter la nariz por todas partes. Oye, Phil, ¿qué diablos ha pasado ahí adentro?

MacKenna volvió los ojos hacia la puerta que daba ni callejón. El humo había cesado de salir.

—No lo sé, pero ¿te parece que lo veamos?

—Desde luego, Phil. Clara, quédese aquí.

—De modo que se llama Clara, ¿eh? —rio el policía—. Anoche se llamaba Mary Smith, creo.

—Es mi ayudante, Phil —explicó Croll—. Aunque, de momento, la tengo a prueba.

—Eres un tío con suerte —dijo MacKenna—. Oye, ¿qué te parece a ti esa explosión?

Croll se puso serio.

—En los últimos tiempos, hay quien se dedica a enviar bombas a la gente —contestó—. Y el autor de los envíos es un tal Paul Miller, un hombre, a mi entender, tan falso como un billete de tres dólares.

—¡No hay billetes de tres dólares! —dijo Clara ingenuamente.

—Por eso dice que es falso —exclamó MacKenna riendo—. Entremos, Pete.

Los dos hombres entraron en el despacho de Rolf y lo que vieron allí les hizo sentir náuseas.

* * *

—No son drogas con lo que traficaba Rolf, aunque tampoco, por el momento, puedo revelarlo —manifestó MacKenna en su oficina, a la que se habían encaminado desde la taberna—. ¿Más café, Clara?

La muchacha hizo un signo negativo.

—Ya tengo bastante, gracias —contestó—. Phil, ¿cómo pudo reconocerme? Pete aseguró que era un disfraz perfecto.

El policía tomó la mano derecha de clara.

—¿Por qué no se quitó esta sortija? —dijo.

—Oh —exclamó ella, tremendamente confundida.

—Soy un asno —se lamentó Croll—. Se me pasó por alto ese detalle.

—No tiene importancia. Cuando vi que Clara se dirigía al despacho de Rolf y que tardaba demasiado en salir, me figuré lo que podía pasar —explicó MacKenna—. Por eso me aposté en el callejón.

—Y acertó —dijo Clara.

—Por fortuna —sonríe el policía.

—En resumen, que nos hemos quedado sin saber nada —dijo Croll tristemente.

—Pero han salvado la vida.

—Sí, Rolf era un sujeto de muy malas pulgas. Phil, ¿te has fijado en una cosa? El arma favorita de Miller parece ser los explosivos, bien mediante dispositivo de ignición por relojería o por contacto, como en el caso de Rolf.

—Olvidas a Rarman, que fue defenestrado —dije MacKenna.

—Y a mi jefe que murió por querer encender un cigarrillo —intervino Clara.

—Miller —murmuró el investigador pensativamente—. ¿Quién es? ¿Dónde se esconde?

Eran preguntas que, por el momento, no tenían respuesta.

CAPÍTULO IX

—Deseo ver a la señora Merrimac. Soy Pete Croll.

El investigador escuchó la respuesta del mayordomo, a través del micrófono de la verja de entrada, y aguardó unos minutos.

La puerta se abrió poco después. El mayordomo dijo:

—La señora le aguarda junto a la piscina.

Croll avanzó a lo largo del parque. Aouda se incorporó al verle.

Sonreía hechiceramente. Se puso en pie y le tendió ambas manos.

—Pete, querido —saludó melifluamente.

—Hola —sonrió él—. Estás muy guapa, Aouda.

—Psch, lo de costumbre. ¿Quieres tomar algo?

—Pide una taza de café, por favor.

—Desde luego.

Aouda llamó al camarero. Esta vez, su traje de baño era de color blanco, pero la tela que entraba en la prenda no habría bastado para un pañuelo.

—¿Y bien? —dijo ella, mientras el mayordomo se disponía a cumplimentar la orden—. ¿Qué noticias me traes?

Croll encendió un cigarrillo. Aouda se lo quitó y se tendió de nuevo en la tumbona.

—Rarman ha muerto —declaró Croll.

—Lo sé. Leo los periódicos.? Pero tú hablaste con él.

—Sí.

—¿Qué te dijo?

—¿Quieres saber sus respuestas?

—Claro, Pete —sonrió Aouda.

—Te puso como un trapo. Dijo de ti cosas que no se pueden repetir.

Aouda hizo un ligero gesto de indiferencia.

—Estoy acostumbrada —respondió—. Soy hermosa, lo sé; y gusto a todos los hombres. Aquel con quien no simpatizo, suele decir luego de mí cosas espantosas. Rarman, por tanto, no podía ser una excepción.

—Celebro que te lo tomes tan filosóficamente, Aouda.

—¿Por qué me iba a molestar? Además, él ha muerto. Paz a su memoria, Pete.

—Amén. Aouda, además de ponerte verde, hizo otra cosa.

—¿Sí, Pete?

—Me amenazó con un revólver.

—¡Caramba! Pete, me dejas pasmada.

—Estaba loco de furia, Aouda.

—¿Y eso es todo, Pete?

El mayordomo llegó con el café. Sirvió la taza y se retiró con majestuosa dignidad.

Croll tomó un sorbo. Luego, por encima de la taza, miró a la hermosa mujer.

—Todo no, Aouda. Cuando le dije que le llevaba un mensaje de tu parte, él contestó diciéndome que no quería saber nada de ti —añadió al cabo.

—Muy propio de él —dijo Aouda con indiferencia—. En fin, repito de nuevo: paz a los muertos.

—Paz.

Croll dejó la taza sobre la mesita y se puso en pie.

—Adiós, Aouda.

—¿Te vas? —preguntó ella, incorporándose ligeramente.

—Sí, tengo trabajo.

—Creí que te quedarías conmigo...

—Otro rato. Ah, ya te enviaré la factura de mis honorarios.

—¡Pete! ¿Me vas a cobrar por eso?

—Nena, la diversión es una cosa y los negocios son otra. Ambas son distintas y yo no suelo compaginarlas.

—Me defraudas, Pete.

Croll se encogió de hombros.

—Rarman estuvo a punto de pegarme un tiro. Debo resarcirme por el riesgo que corrí y el susto, que me llevé.

—Por lo visto, para ti todo es cuestión de dinero.

—En lo referente a mi profesión, sí.

Aouda sonrió.

—Está bien —dijo—. En medio de todo, me gusta que seas enérgico. ¿Volveré a verte?

—Llámame por teléfono. Adiós, hermosa.

—Hasta pronto, querido.

Croll abandonó la residencia de Aouda con el convencimiento de que la hermosa mujer había tenido mucho que ver con la defenestración de William Rarman.

Pero no podía probarlo.

Ahora bien, si Aouda había intervenido en la muerte de Rarman, ¿por qué le había enviado a él a suplicarle que la dejase tranquila?

La solución, tal vez, estaba en los dos hombres que habían lanzado a Rarman por la ventana.

Pero no sabía quiénes eran ni tenía la menor idea de dónde podían encontrarse en aquellos momentos.

* * *

Un atildado mayordomo abrió la puerta y miró a Clara con expresión inquisitiva.

—Diga —habló lacónicamente.

—Soy Clara Hotcher —se presentó la muchacha—. Deseo hablar con el señor Helsom.

—¿Ha concertado entrevista con él?

—Dígale que era la secretaria del señor O'Poyle, por favor.

—Muy bien —accedió el mayordomo finalmente—. Tenga la bondad de esperar un momento, señorita...

—Hotcher, Clara Hotcher.

El mayordomo se alejó. Clara paseó la mirada por el inmenso vestíbulo.

—No se puede negar que Helsom es un tipo de dinero —comentó para sí.

El mayordomo volvió al cabo de unos momentos.

—Por aquí, señorita, tenga la bondad —indicó.

Clara fue conducida a una amplia habitación, mezcla de sala de estar, biblioteca y estudio. Martin Helsom estaba en pie, junto a un pupitre alto, estudiando algo con una lupa.

—¿Señorita Hotcher? —dijo, sin mirar a la muchacha.

—Sí, la misma,

—Usted era la secretaria de mi socio, tengo entendido.

—En efecto, señor Helsom.

—Sentí mucho la muerte de O'Poyle. Dirigía el negocio

estupendamente bien y ahora es un asunto que ha quedado desarticulado. No sé cómo lo voy reemprender de nuevo.

—En su lugar, yo lo dejaría de lado definitivamente.

—¿Qué quiere decir usted, señorita?

—Era un negocio con ribetes de ilegalidad.

—¿Quién se lo ha dicho?

—Estuve trabajando bastante tiempo. Conocía muchas de las interioridades del negocio.

Helsom dejó la lupa y miró a su visitante. Era un hombre de unos cuarenta años, bastante atractivo, aunque ya con bolsas bajo los ojos.

—Si O'Poyle hacía algo ilegal, era a mis espaldas —manifestó—. Ciertamente, yo tenía invertido en el negocio parte de mi capital, pero no para emplearlo en asuntos ilegales.

—Me extraña mucho que no conociera usted las trapisondas de su socio —dijo Clara.

Helsom no se inmutó. Tocó un timbre y esperó a que apareciese el mayordomo.

—Raymond, acompaña a la señorita —dijo.

—¿Me despide? —respingó Clara.

—Señorita Hotcher, solo su sexo la salva de una respuesta adecuada al insulto que acaba de dirigirme. Raymond, ya has oído.

—Sí, señor. ¿Señorita?

Clara comprendió que ya no tenía nada que hacer en aquella casa. Giró sobre sus talones y se dirigió hacia la puerta.

Pero antes de salir, se volvió y miró a Helsom nuevamente.

—¿Ha oído usted hablar de la carpeta EG-2? —preguntó.

La cara de Helsom se tornó instantáneamente gris. Clara sonrió satisfecha.

—Sí, ha oído hablar —añadió—. Luego, vaya por ahí protestando que es inocente de las trapisondas de su difunto socio. ¡Buenos días, señor Helsom!

Cuando salió, Helsom no había recobrado todavía el uso de la palabra.

* * *

—Y eso es todo, Pete. Estoy íntimamente convencida de que

Helsom se encontraba al corriente de las actividades de O'Poyle.

Croll asintió, haciendo un gesto con la cabeza.

—No me extrañaría en absoluto —contestó—. De modo que cuando usted le mencionó la carpeta EG-2 se puso lívido.

—Sí, Pete.

—Me gustaría saber qué demonios contiene esa carpeta, Clara.

Ella suspiró.

—También a mí, Pete —contestó.

—Este es un asunto endiabladamente complicado, Clara —dijo el investigador—. Se han producido ya varias muertes...

—Competidores de Paul Miller.

—Sí, competidores, pero ¿en qué?

Clara se encogió de hombros.

—No lo sé —contestó—. ¿Quiere un poco más de café?

—Sí, otra taza, por favor.

Guardaron silencio. Croll reflexionaba profundamente. De pronto, tras algunos minutos de pausa, exclamó:

—Clara, ¿se acuerda usted de Joseph Corradi?

—Por supuesto. Era el otro nombre que aparecía en la libreta de Miller.

—Bien, estuvimos a verle y resultó que se hallaba ausente de la ciudad. ¿Por qué no probar a verle de nuevo?

—Buena idea —aprobó Clara—. Pero antes llamaré por teléfono, para no perder tiempo en ir a su casa.

—De acuerdo, Clara. Y luego, sea lo que sea, iremos a ver a otro tipo que también está complicado en el asunto.

—¿Quién es, Pete?

—Wayne Cromarty, el hombre a quien yo debía acompañar en sus últimos instantes.

Una chispa de humor brilló en los ojos de la muchacha.

—Es una frase tópica, pero en usted estuvo a punto de hacerse realidad.

—No me hable. Aún tiemblo al pensar que estuve a punto de morir despedazado.

Clara soltó una alegre carcajada. Luego levantó el teléfono y, tras consultar en la agenda, marcó un número.

Una voz sonó a poco en sus oídos.

—¿Quién es?

—¿Señor Corradi? —preguntó ella.

—Sí, yo mismo. ¿Qué desea usted?

Clara colgó el aparato sin dar una respuesta. Con ojos brillantes miró al investigador.

—Pete, Corradi está en la ciudad —dijo.

Croll se puso en pie de un salto.

—Entonces, no se hable más —exclamó—. ¡Vamos a hablar con él inmediatamente!

CAPÍTULO X

Croll y Clara salieron del ascensor y caminaron a lo largo del corredor, que hacía ángulo recto a unos metros de distancia. Cuando asomaban por la esquina, Croll vio que se abría una puerta.

Inmediatamente, alargó el brazo y echó hacia atrás a la muchacha.

—Cuidado —susurró.

Dos hombres salían de la casa de Corradi en aquel momento. Clara asomó un poco la cabeza y exhaló un gemido.

—Cielos, son los que intentaron secuestrarme.

La pareja de rufianes se dirigió al extremo opuesto del corredor, dobló la esquina y desapareció de la vista de Croll.

El investigador se volvió hacia Clara.

—Tiene que hacer una cosa —dijo—. Esos dos individuos bajan en el otro ascensor. Tome mi coche y sígalos, Clara. Yo hablaré con Corradi mientras tanto.

—Sí, Pete.

Clara dio media vuelta en el acto y corrió hacia a ascensor Croll esperó unos momentos y luego se acercó a la puerta del piso de Corradi.

Llamó. Segundos más tarde, notó que le estudiaban a través de la mirilla.

—¿Quién es? —preguntó acto seguido un hombre, a través de una rendija de la puerta.

—Mi nombre es Pete Croll y quiero hablar con usted, señor Corradi.

—¿Croll? No conozco a nadie de ese nombre.

—Bueno, ya me tiene delante —sonrió el investigador.

—Váyase, no quiero hablar con usted.

La puerta se cerró de golpe. Croll no se inmutó y volvió a llamar.

Pasaron algunos segundos. Súbitamente, Croll creyó oír una explosión ahogada en el interior del piso.

Frunció el ceño. ¿Qué había sucedido?

La puerta se abrió de golpe. Corradi le miró con ojos muy abiertos.

Dijo algo, pero Croll no le entendió. De pronto, el investigador vio una mancha roja en el pecho de Corradi.

El hombre emitió un burbujeo sanguinolento. Retrocedió un paso, dio media vuelta y se venció de cara, estrellándose contra el suelo, en donde quedó completamente inmóvil.

Croll se quedó helado unos instantes. Sobreponiéndose con rapidez, entró en la casa, cerró y trató de socorrer a Corradi.

Era inútil. Corradi había muerto.

La causa de su muerte era una bala que le había perforado el corazón.

El investigador paseó la vista por el interior del piso. Encima de una mesa, volcado, vio un encendedor similar a otros que ya conocía.

Tomó el aparato y lo olfateó. Aún podía percibirse el olor a pólvora.

Un cigarrillo yacía en el suelo. Croll se agachó y lo recogió maquinalmente.

Corradi había muerto al intentar encender el cigarrillo. Pero tal vez inadvertidamente, había apretado el resorte del mechero antes de tiempo y el proyectil, en lugar de ir a parar a su garganta, se había alojado en su corazón.

¿Habían sido Throsh y Mittall los portadores del mortífero artefacto?

—Este Miller es una epidemia de peste —masculló.

Una cosa estaba fuera de toda duda: se trataba de un asunto de importancia, tanta, que a Miller no le importaba asesinar a la gente a mansalva.

—Seguramente, para quedarse solo con el asunto —soliloquió.

—Sí, ¿pero, qué clase de asunto?

A su entender, la respuesta estaba en la carpeta EG-2.

Y nadie sabía qué era o qué contenía la dichosa carpeta, resumió así sus melancólicos pensamientos.

* * *

Sonó el teléfono. Croll interrumpió sus nerviosos paseos y

levantó el aparato.

—¿Sí?

—¿Pete? Soy Clara.

—Menos mal —respiró él aliviado—. ¿Que le ha pasado?

—Seguí a la pareja, como usted me indicó. Ya le diré luego dónde fueron; pero a la vuelta tuve una avería en el coche y he perdido bastante tiempo hasta que un camionero amable accedió a traerme a la ciudad.

—Vaya una inoportunidad —se lamentó él—. De modo que Throsh y Mittall salieron fuera de la ciudad.

—Sí. Se dirigieron a una casa de campo, situada a unos cuarenta kilómetros, al pie de la sierra.

—Entiendo. ¿Recordará usted el camino, Clara?

—Perfectamente. Pete, ¿qué le ha dicho Corradi?

—Nada, Clara.

—¿Cómo?

—Primero se negó a recibirme. Luego quiso encender un cigarrillo.

—¡Pete! ¡No me diga que le enviaron un encendedor-pistola!

—Así ha sucedido —confirmó el investigador.

—Y… ¿ha muerto?

—Sí, Clara. ¿Dónde está usted ahora?

—En una estación de servicio, a seis kilómetros. He mandado una grúa para que recojan su automóvil. Yo voy a pedir ahora un taxi.

—De acuerdo. Mientras tanto, yo iré a ver a Cromarty. Si no podemos encontrarnos hoy, llámame mañana a primera hora.

—Muy bien, Pete. Una cosa.

—Sí, clara.

—Usted le dijo a su amigo Phil MacKenna que yo era su ayudante. ¿Todavía me considera como tal?

Croll se echó a reír.

—La verdad era que necesitaba una persona que me ayudase a pasear elefantes —contestó—. Y como usted empezó a intervenir en el asunto, decidí probarla a ver si daba resultado.

—¿Lo doy, Pete?

—Espléndido, Clara.

Ella respiró aliviada.

—Menos mal, así no me moriré de hambre;

—Clara, antes de que eso llegase a suceder, yo estaría dispuesto a mantenerla durante el resto de mis días.

—No me gusta ser un parásito, Pete —dijo ella.

—¿Parásito? Se ganaría bien su comida, créame.

—¿Cocinando para usted?

—Quizá, además de otras cosas. Pero ya hablaremos de esto más adelante. Hasta la vista, Clara.

—Hasta la vista, Pete.

* * *

Clara colgó el teléfono y salió de la cabina telefónica con la sonrisa en los labios.

Las últimas palabras de Pete le habían causado una gran satisfacción. El sentido de las mismas era fácilmente inteligible.

—Es un chico excelente —se dijo; y, de repente, dos hombres aparecieron ante ella, como surgidos del seno de la tierra.

—Hola —dijo Throsh, sonriendo.

—¿Qué tal, guapa? —saludó Mittall.

Clara palideció. Dio un paso hacia atrás, pero Mittall la agarró rápidamente por un brazo.

—No grite, no haga aspavientos o la matamos aquí mismo.

La muchacha desfalleció un instante. Throsh se situó al otro lado.

—Vamos —dijo.

Momentos después, Clara estaba sentada en el asiento posterior de un coche, junto a Mittall. Throsh se encargó de la conducción.

—Estuvo siguiéndonos, pero no lo hizo bien —dijo Mittall, en el momento de arrancar—. ¿A quién telefoneaba hace unos momentos?

Clara había recobrado ya la serenidad.

—A mi abuelita —respondió desenvueltamente.

—¡Je! —rio el individuo—. ¿Oyes, Ben?

—Sí. Ella hablaba con su abuelita y nosotros somos los lobos feroces —contesto Throsh, soltando una estentórea carcajada.

—¿Adonde me llevan? —preguntó Clara.

—A un lugar donde pueda reflexionar —contestó Mittall.

—¿Reflexionar? ¿Sobre qué?

—Eso, usted lo sabrá. Nosotros cumplimos órdenes.

—De Miller, claro.

—¿Miller? No, en absoluto —contestó.

Ella se asombró.

—¿Entonces…?

—No sea curiosa. Ya lo sabrá cuando vea al patrón.

—Ah, el patrón. Se nota que son asalariados. ¿Cómo cobran ustedes el sueldo? ¿A tanto por cabeza o hacen rebaja por una cantidad mínima de asesinatos?

—La chica es mordaz, ¿eh, Ben? —dijo Mittall irónicamente.

—No le hagas caso. Tiene ganas de desahogarse. Que charle todo lo que quiera.

—¡Cuánta generosidad! —se burló Clara—. Luego me matarán, por supuesto.

—Depende —contestó Mittall.

—¿De qué? —preguntó ella.

—De las órdenes que recibamos —manifestó el individuo.

Clara sintió frío.

Mittall había hablado en un tono que no admitía dudas acerca de sus propósitos.

Si les ordenaban asesinarla, lo harían sin el menor remordimiento.

* * *

Al encontrarse frente a Cromarty, Croll sonrió y dijo:

—Seguro que ya no se acuerda de mí.

Cromarty emitió un bufido.

—No le olvidaré jamás, aunque viva mil años —contestó—. ¿Qué es lo que quiere ahora, señor Croll?

—Me agradaría tener un ratito de conversación con usted —manifestó el investigador.

—Está bien —accedió Cromarty—. Pase.

Croll se quitó el sombrero. Cromarty le guio hasta una sala de recibir, elegantemente amueblada.

—¿Qué prefiere de beber? —preguntó.

—Escocés, con un par de rocks.

Cromarty preparó dos bebidas y entregó un vaso a su visitante.

—Puede hablar —invitó.

—Se trata del paquete que le traje. Usted lo recordará sin duda,

—Sí, ¿cómo no? Me ha costado una fortuna reponer los vidrios de la casa.

—Siempre creí que era una Biblia. Es lógico; me enviaron aquí a acompañarle a usted en sus últimos instantes.

—Un rasgo de humor de mi asesino frustrado.

—Gracias a mí, no lo olvide.

—Lo tengo muy presente. Por eso le he recibido, señor Croll. ¿Qué más? —preguntó Cromarty.

Croll apuró la mitad de su vaso.

—El explosivo me fue entregado por un tal Paul Miller —manifestó—. ¿Lo conoce usted?

—No.

El investigador suspiró.

—Me lo figuraba —dijo—. Por supuesto, el nombre de Miller es falso, pero, al menos, podrá darme una pista.

—La única que podría darle ya no le sirve, señor Croll —declaró Cromarty.

—¿Por qué?

—Henry O'Poyle está muerto.

—Ah —murmuró Croll—. ¿Lo conocía usted?

—Sí.

—Tuvieron negocios en común.

—En efecto.

—¿Qué clase de negocios?

Cromarty vaciló un momento. Apuró su vaso y luego dio dos cortos paseos por la estancia.

—No me gusta hablar de ese capítulo de mi vida —dijo.

—Pero tendrá que hacerlo. Le querían asesinar.

—Sí —gruñó el dueño de la casa—. Sin motivo.

—¿De veras?

—Ya no había motivo. Había roto la sociedad con O’Poyle.

—Bien, pero, ¿en qué clase de negocios se basaba esa asociación? ¿Tan sucios eran?

Cromarty vaciló de nuevo. Inspiró profundamente y, al fin, respondió:

—Contrabando de piedras preciosas, señor Croll.

CAPÍTULO XI

Croll encendió un cigarrillo. Cromarty se sirvió otra dosis de licor.

—Confieso que violé la ley —prosiguió, después de su declaración—. Bueno, no soy el primero, por supuesto, y gané algún dinero.

—Pero lo dejó.

—Efectivamente.

—¿Por qué?

—Hubo un asesinato.

—¿Quién fue la víctima?

Cromarty apretó los labios.

—Le aseguro que no tuve nada que ver con el suceso; ni siquiera me enteré anticipadamente. De lo contrario, puede creerme, habría hecho lo indecible por evitarlo. Era un... mensajero.

—Vamos, el que introducía en el país las piedras preciosas.

—Sí.

—¿Procedentes de...?

—Colombia. Allí abundan las esmeraldas.

—Lo sé. ¿Por qué mataron al mensajero?

—O'Poyle me dijo que había incumplido su palabra.

—¿Cómo?

—Quiso cobrar más de lo estipulado.

—Entiendo. ¿Cuál era su papel en la organización?

—Ni siquiera sabía que existiera tal organización. Yo me entendía solamente con O'Poyle. Si había otros socios, yo los desconocía, y sigo desconociéndolos, desde luego. En realidad, fui un simple inversionista.

—Es decir, invirtió una cantidad de dinero, que le producía un determinado interés.

Cromarty hizo un gesto de asentimiento.

—A usted quisieron asesinarle por haber formada parte de esa sociedad —continuó el investigador—. Pero se retiró sin saber nada más, excepto que O'Poyle era, digamos, el ejecutivo principal.

—Exactamente.

—¿Está seguro de que es eso todo lo que sabe? ¿No conoce, siquiera sea por casualidad, a algún otro socio?

—No, en absoluto —contestó Cromarty enfáticamente.

—Entonces, Miller intentó asesinarlo porque creyó que usted lo conocía.

—Es muy probable.

—Pero luego se dio cuenta de que, con respecto a usted, ya no corría ningún riesgo y por eso lo ha dejado en paz.

—Supongo.

—¿Ha oído hablar alguna vez de una taberna llamada The Red Moon, señor Cromarty?

—O'Poyle la citó en un par de ocasiones, pero no he puesto los pies jamás en ella.

—¿Qué me dice de la carpeta EG-2?

—No sé qué es eso, señor Croll.

El investigador miró a Cromarty. «Es sincero», pensó.

Y se puso en pie.

—Está bien —dijo—. Ha sido una conversación sumamente instructiva.

—Muchas gracias, señor Croll.

Cuando ya se disponía a salir, Cromarty dijo:

—Estoy sinceramente arrepentido de lo que hice, señor Croll. De haber sabido que se iba a cometer un asesinato, no habría aceptado jamás las propuestas de O'Poyle.

Croll movió la cabeza afirmativamente y abandonó la casa.

Regresa a su departamento. Encendió el hornillo y puso agua a calentar para hacerse café.

Ahora ya sabía en qué consistía la parte sucia de los negocios de O'Poyle. Más todavía, The Red Moon había sido el centro receptor de las esmeraldas que alguien importaba subrepticiamente.

Empezaba a ver claro en el asunto... salvo por una cosa: ¿quién o quiénes eran los cerebros directivos de la organización?

¿Cuál era la auténtica personalidad de Miller?

Tal vez Clara le trajese alguna buena información al respecto. Era preciso esperar.

Esperó durante el resto del día, pero Clara no hizo acto de presencia ni dio señales de vida.

* * *

La habitación era de forma cúbica, con desnudas paredes de cemento y con una sola lámpara pendiente del techo por toda iluminación.

No había ni un solo mueble. Clara, harta de pasearse de un lado para otro, se sentó en el suelo, en un rincón y apoyó la cabeza en la pared, intentando dormir un poco.

Estaba en un sótano, lo había advertido apenas llegó a la casa, situada a gran distancia de la ciudad. Throsh y Mittall no habían querido darle más detalles sobre su situación, limitándose a encerrarla en aquella habitación subterránea.

Esperaban al jefe, era todo lo que sabía. Una o dos veces, Clara había intentado abrir la puerta, pero sus esfuerzos habían fracasado.

El jefe tenía que verla, habían dicho sus captores.

¿Y después?

¿Ordenaría que la asesinasen?

Dormitó un rato. Luego empezó a notar frío.

Las paredes y el suelo de cemento no tenían nada de acogedor. Se puso en pie y entonces recordó su bolso.

Ni siquiera habían examinado su interior. Ciertamente, no llevaba ningún arma, pero no encontraría en él algo para abrir la puerta.

Abrió el bolso y lo volcó directamente sobre el suelo. Entonces vio un objeto que le hizo fruncir el ceño.

Era aquella cajita que Croll le había dado para instalar como alarma en su piso y que había olvidado por completo. ¿Cómo funcionaba?

Clara vio que una de las caras de la caja tenía una tira de papel protector de la superficie adhesiva. Tomando una súbita resolución, se puso en pie y corrió hacia la puerta.

Momentos después, empezaba aporrear la madera, a la vez que gritaba con todas sus fuerzas:

—¡Abran! ¡Abran pronto! ¡Me asfixio! ¡No hay aire en esta habitación! ¡Abran o me moriré!

Al poco rato, sonaron pasos al otro lado. Clara repitió sus demandas de socorro.

Oyó ruido de una llave en la cerradura. Separada un par de pasos de la entrada, esperó.

Alguien empujó la puerta. Entonces se produjo una fuerte explosión.

Throsh lanzó un aullido y se tambaleó, cegado por el fogonazo. Clara agarró una de sus muñecas, tiró de él y lo introdujo de golpe en el sótano.

El rufián intentó revolverse. Clara le pateó una rodilla y Throsh se entregó a cuidar de la parte afectada, despreocupándose de todo lo demás.

Inmediatamente, Clara se lanzó hacia arriba. La voz de Mittall sonó cerca de ella:

—¡Ben! ¿Qué diablos sucede? ¿Has disparado contra la prisionera?

Clara se apostó a un lado de la puerta que había al principio de la escalera del sótano. Mittall apareció de pronto y entonces ella le propinó un tremendo empujón con ambas maros.

El pistolero cayó, lanzando un aullido. Rodó por las escaleras aparatosamente, hasta llegar al rellano inferior. Clara aprovechó la ocasión para salir.

Miró a su alrededor. Sus secuestradores tenían un coche.

Atravesó la casa y se dispuse a salir. Cuando abría la puerta, un hombre apareció ante ella.

—¿Tiene usted mucha prisa, señorita Hotcher?

Clara se quedó helada de espanto al ver aquella negra silueta frente a sus ojos.

—¿Miller? —dijo con un hilo de voz.

—Sí —confirmó el recién llegado—. Vuelva adentro, por favor.

Clara retrocedió dos pasos. El aspecto de Miller la llenaba de pavor.

Miller sonreía debajo de su espeso bigote.

—¿Dónde están sus guardianes? —preguntó.

Sonaron unos golpes. Clara hizo un esfuerzo y sonrió también.

—Los he encerrado —contestó.

—Chica lista —elogió Miller—. Bueno, dejemos que sigan encerrados y hablemos los dos.

—¿De la carpeta EG-2?

—¿De qué otra cosa podríamos hablar usted y yo?

—¡Pero es que no sé dónde está ni qué es! —alegó Clara con gran vehemencia.

Miller dejó de sonreír.

—Escuche, guapa, hablemos en serio de una vez —dijo—. Estoy cansándome ya de sus negativas. O'Poyle me dijo que usted sabía dónde estaba esa carpeta...

—O'Poyle le mintió.

Miller se quedó parado.

—Será posible? —murmuró.

—Lo es —aseguró ella firmemente.

—¡Maldito! —dijo Miller, furioso.

Hubo una corta pausa de silencio. Después, Miller lo rompió:

—Lo siento. Veo que me ha dicho la verdad, pero no puede dejarla ir de aquí.

Clara sintió que se le secaba la boca.

—¿Va a...?

—Sí.

Clara cerró los ojos y se tambaleó, dejándose caer sobre un diván.

—Estoy mal... —dijo con voz débil.

—¿Dónde tiene la llave de la puerta de entrada al sótano? —preguntó Miller indiferentemente.

Ella señaló una mesa con la mano.

—Allí...

Miller se acercó a la mesa y abrió el bolso. Cuando lo estaba registrando, oyó ruido.

Se volvió. Un rugido de furor se escapó de sus labios.

—¡Quieta!

¡Crash...!

La silla se abatió sobre su cráneo. Miller puso los ojos en blanco y se desplomó al suelo.

Clara se inclinó sobre él y le registró cuidadosamente, encontrándole un revólver, del que se apoderó de inmediato.

Sonaron unos fuertes golpes en la puerta de entrada al sótano. Clara volvió la cabeza instintivamente.

—Usa la pistola —gritó Throsh a su compinche.

Clara apretó el gatillo. La bala abrió un agujero en la madera y los pistoleros chillaron asustados.

Acto seguido, la muchacha se lanzó corriendo hacia la salida. Le parecía mentira haber podido escapar con vida.

Delante de la casa había dos automóviles. Perforó dos neumáticos a tiros y luego arrojó el revólver a lo lejos con todas sus fuerzas.

Acto seguido se metió en el otro coche y arrancó a toda velocidad. En la puerta de la casa, Throsh y Mittall le hicieron unos cuantos disparos, pero fue gastar pólvora en salvas.

CAPÍTULO XII

—Será mejor que se eche a dormir —dijo Croll—. Lo está necesitando.

Clara asintió con una sonrisa desvaída.

—Me parece mentira estar con vida —contestó—. Miller quería matarme.

Croll se ajustó de nuevo el cinturón de la bata. Clara le había despertado en lo mejor de su sueño.

—Es un hombre que no conoce la piedad —afirmó—. Venga, ocupará la habitación de los huéspedes.

—Sí, Pete. No sé cómo darle las gracias...

—Yo soy quien se las da a usted —Croll la contempló con admiración—. Es usted una chica valiente, Clara.

—A la fuerza ahorcan, Pete —contestó ella, sonriendo de mala gana—. De modo que el asunto consiste en esmeraldas de contrabando.

—Sí, Clara.

—Y toda la clave está en esa dichosa carpeta.

—Cuyo paradero, por lo visto, conocía únicamente O'Poyle.

Clara se mordió los labios.

—Es curioso. Jamás le oí mencionar una cosa semejante —manifestó.

—A mi entender, la carpeta EG-2 es solo una clave con la cual se designa algún escondite, la caja fuerte de un banco, por ejemplo.

—Pudiera ser —admitió Clara—. Y, ¿qué se guardaría en esa caja?

—Dinero, mucho dinero, no hay otra respuesta posible.

—Sí, eso tiene que ser.

Clara volvió a sonreír.

—Estoy deshecha —añadió—. Necesito descansar un poco.

—Aquí estará segura —afirmó él.

Clara se volvió hacia Croll, ya en la puerta del dormitorio.

—Pete, pude escapar gracias a la alarma que usted me dio y que olvidé colocar en mi casa —dijo.

—Un olvido providencial —sonrió el investigador—. Descanse, se lo ruego.

Al quedarse solo, Pete encendió un cigarrillo y se sentó a reflexionar.

Habían muerto una serie de personas, todas las cuales, indudablemente, habían tenido alguna relación con el difunto O'Poyle. ¿Por qué habían muerto?

—El único que, por ahora, puede contestar es Miller —murmuró, mientras contemplaba abstraído las volutas de humo azul que se desprendían de su cigarrillo.

De repente se le ocurrió una idea.

Había algo que debiera haber hecho desde un principio, pero que había omitido, tal vez por no pensar en ello.

Consultó el reloj. Demasiado tarde ya, se dijo, por otra parte, ¿quién iba a ir a donde él pensaba hacerlo?

Terminó el cigarrillo y regresó a su dormitorio. Minutos más tarde, había reanudado el sueño interrumpido por la inesperada llegada de Clara.

* * *

—¿Estuvo alguna vez en casa de O'Poyle, Clara?

—¿Se refiere a su domicilio particular?

—Sí, eso es.

Clara meneó la cabeza negativamente mientras servía café.

—No. Mi contacto con él se limitaba exclusivamente al trabajo de oficina —respondió—. ¿Por qué me lo pregunta, Pete?

—Porque vamos a ir a esa casa, apenas haya terminado de desayunar.

Ella le miró con ojos chispeantes.

—Sí, es una buena idea —concordó—. Pero antes...

—Antes, ¿qué?

—Me gustaría ir a mi casa.

—¿Tiene que recoger algo importante?

Clara se señaló el vestido.

—Cambiarme de ropa, Pete.

Croll sonrió.

—Iremos —accedió.

Minutos más tarde, salían a la calle. Una vez en marcha, Croll dijo:

—Exceptuando que todavía ignoramos qué es o qué contiene, aparte de dónde está, la carpeta EG-2, se puede afirmar una cosa sin temor acerca de todos estos asesinatos, Clara.

—¿Qué es, Pete?

—Unas cuantas personas formaron una sociedad, entre ellas Cromarty. La sociedad estaba destinada a financiar primero la entrada de las esmeraldas de contrabando y luego, naturalmente, a repartirse los beneficios. Pero ocurrió algo y Miller decidió disolver la sociedad.

—Asesinando a los socios.

—Sí, Clara.

—¿Qué es lo que ocurrió, Pete?

Croll suspiró.

—Quizá el asunto estaba ya en marcha de tal forma, que no se necesitaba sino realizar unas operaciones de rutina. O'Poyle lo había organizado ya y funcionaba satisfactoriamente.

—Por tanto, Miller quiso quedarse solo con el beneficio.

—Sí, Clara.

—Su argumento tiene un punto débil.

—¿Cuál, por favor?

—Barry Rolf, el dueño de la taberna.

—¿Por qué dice eso, Clara?

—The Red Moon era el centro de recepción de las esmeraldas. ¿Por qué estropearlo, matando a Rolf?

Croll se quedó pensativo unos momentos.

—¿Y si Miller hubiese buscado otro «receptor»? —dijo al cabo.

Clara movió la cabeza afirmativamente.

—Es una posibilidad que no debemos dejar de tener en cuenta —respondió.

Una hora más tarde, se detenían ante un edificio de excelente aspecto.

—Aquí vivía O'Poyle —dijo Clara.

—Muy bien. Veremos qué hay en su piso.

—Pero no tenemos llave...

Croll sonrió.

—No se preocupe —contestó.

Entraron en el edificio. El ascensor les llevó al octavo piso.

Momentos después, se detenían ante la puerta del departamento del difunto O'Poyle. Croll sacó del bolsillo unos raros artefactos que hicieron abrir mucho los ojos a la joven.

—¿Qué es eso, Pete?

—Ganzúas.

—Como un ladrón, vamos.

Croll sonrió, pero no dijo nada.

Un minuto después, franqueaban la entrada.

Clara lanzó una exclamación de asombro:

—¡Pete! ¿Qué ha pasado aquí?

Croll no se sentía menos atónito que la muchacha.

El piso estaba completamente revuelto.

—Parece que haya pasado por aquí una horda de elefantes —comentó el investigado:...

—De los que usted no saca a pasear —comentó Clara humorísticamente.

Y, en aquel momento, llamaron a la puerta.

Croll y la muchacha se volvieron a una hacia la entrada. La llamada se repitió.

—Échese a un lado —susurró él.

Clara obedeció. Croll se acercó a la puerta y la abrió.

* * *

Durante unos segundos, Croll y el recién llegado se contemplaron mutuamente.

—Usted no es O'Poyle —dijo el individuo.

—No, pero actúo en su nombre —respondió Croll con desparpajo—. Entre, se lo ruego.

El recién llegado era un sujeto de unos cuarenta años, mirada recelosa y nariz ganchuda. Vestía unos ropajes que identificaban su profesión en el acto.

—¿Quién es usted? —preguntó, con la mano derecha en el bolsillo de su chaqueta de marino.

—El papaíto de O'Poyle —contestó Croll de buen humor—. ¿Y usted?

—Oiga, no he venido aquí para oír tonteras...

La mano del investigador se alargó, asió el cuello del sujeto y tiró de él hacia adentro.

—Hablaremos mejor con la puerta cerrada —sonrió Croll.

El individuo se tambaleó. Luego recobró el equilibrio y sacó una afilada navaja de resorte.

Clara chilló. Croll arrugó el entrecejo.

—Me voy —dijo el marino.

—En su lugar, yo me lo pensaría dos veces —sonrió Croll.

—¿Sí? Apártese o le echo las tripas fuera.

—Será mejor que mire a su espalda. Esa chica tan linda le está apuntando con una pistola.

El marino cayó en la trampa.

Un segundo después, caía de espaldas con los pies por alto.

Croll se chupó los nudillos. Se inclinó, recogió la navaja y la plegó, guardándola en el bolsillo

Clara aplaudió.

—¡Ganador del combate por KO! —dijo alegremente.

Croll se echó a reír. El marino estaba aturdido y no opuso resistencia cuando Croll le sacó la billetera del bolsillo.

—Se llama Ernest Morrin —anunció el investigador, después de leer la documentación del marino.

—No he oído nunca su nombre —dijo Clara.

Morrin se sentó en el suelo, tanteándose la mandíbula.

—Pega como una mula —se lamentó.

—Solo fue una caricia —dijo Croll—. Levántese.

Morrin lo consiguió al segundo intento. Sacudió la cabeza para despejarse y luego miró al investigador.

—¿Ha revuelto usted la casa? —preguntó.

—No, ya lo estaba cuando llegamos. ¿A qué ha venido aquí, Morrin?

—Eso es algo que le diré solamente a O'Poyle.

—Entonces tendré que matarle, Morrin.

El marino respingó.

—Oiga, yo no le he hecho a usted nada…

—Es que solamente muerto podrá hablar con O'Poyle. En el otro mundo, claro.

Morrin se puso lívido.

—¿Ha muerto?

—Asesinado.
—Yo no sabía nada… Acabo de desembarcar…
—Seguro que ha llegado de Colombia, ¿verdad?
—¿Cómo lo sabe usted?
Croll se echó a reír al ver el asombro de su interlocutor. Luego avanzó hacia él.
Morrin retrocedió un paso.
—¡No me toque! —chilló.
Era un sujeto más bien bajo y menudo. En comparación con él, Croll resultaba un gigante.
—Solo quiero registrarle los bolsillos —dijo el investigador amablemente.
—¡No, no dejaré que me registre…!
—¿Tiene miedo de que le encuentre las esmeralditas que ha traído de contrabando?
Morrin palideció.
—Usted lo sabe todo —dijo.
—Soy un mago —sonrió Croll, a la vez que alargaba la mano—. Vamos, las piedras.
—¡No!
—Pete —intervino Clara—, ¿por qué no le torturamos un poco?
Croll sonrió.
—No es mala idea. ¿Qué me sugieres, preciosa?
—¿Le sacamos un ojo?
—A mí me gusta mucho el olor a carne asada. Podemos tostarle los pies —dijo Croll plácidamente.
Morrin sudaba a mares. De pronto, metió la mano en un bolsillo y sacó un paquetito que tiró sobre un diván desventrado.
—¡Tómelas! —dijo, furioso—. Quédenselas y malditas sean las esmeraldas.
Clara corrió hacia el diván y cogió el paquete. Quitó la envoltura y encontró una bolsita de terciopelo negro, cuyos cordones aflojó en el acto.
Volcó la bolsita sobre la palma de la mano izquierda. Seis piedras de centelleante color verde aparecieron ante sus ojos.
—¡Dios mío! —exclamó, maravillada—. ¡Valen una fortuna!
—¿Cuánto le pagaba O'Poyle por cada piedra? —preguntó Croll.
—Mil quinientos dólares, pero no era él, sino Rolf —contestó

Morrin.

—Ahora comprendo —dijo Clara—. Rolf se extrañó cuando le ofrecí mil quinientos dólares por un paquete cuando, en realidad, cada paquete, valía nueve mil.

—Sí, creíamos que eran drogas, pero nos equivocábamos —contestó Croll—. Pero ¿por qué ha venido usted a casa de O'Poyle, Morrin?

—Bueno, al desembarcar me enteré de que Rolf había muerto. O'Poyle me dijo que me las entendiese siempre con Rolf y que solo viniese a verle en casos de gran apuro.

—Y, para usted, la muerte de Rolf ha sido un gran apuro.

Morrin se encogió de hombros.

—Figúrese —contestó secamente.

Clara guardó las esmeraldas otra vez.

—Pete ¿qué hacemos con Morrin? —preguntó.

—Ya les he dado lo que querían —refunfuñó el marino—. Ahora dejen que me vaya...

—No tan deprisa —cortó el investigador—. Se han cometido varias muertes, todas ellas relacionadas con el contrabando de esmeraldas. A la policía le interesará conocer algunas de las informaciones que usted puede facilitarles.

Morrin se echó a llorar.

—Siempre dije que este asunto acabaría mal —se lamentó afligidamente, mientras Croll marcaba un número de teléfono.

CAPÍTULO XIII

—Morrin, el nuevo mensajero, está en la cárcel, pero nosotros continuamos todavía en la más supina ignorancia —dijo Croll.

—¿A qué te refieres, Pete?

—La clave de todo el asunto: la carpeta EG-2.

Clara se mordió los labios.

—Es verdad —dijo—. ¿Dónde puede estar?

—Era un secreto de O'Poyle.

—Que se ha ido con él en la tumba.

Croll asintió. Clara retiró la cafetera del fuego y llenó dos tazas.

—Yo me pregunto qué puede contener esa dichosa carpeta —suspiró el investigador, después de una pausa de silencio, mientras removía el azúcar con una cucharilla.

—¿Una lista de clientes? —sugirió ella.

—Podría ser, pero, ¿qué haría Miller con esa lista?

—Quizá apretarles las clavijas.

—¿Chantaje?

—Muy probable, ¿no crees?

Croll asintió en silencio.

—Un chantaje —dijo a poco—, podría ser un negocio más seguro que el de las esmeraldas.

—Sobre todo, teniendo en cuenta que este era un negocio que empezaba a declinar.

—Se me está ocurriendo una idea, Clara —dijo él de pronto.

—¿Es buena?

—Lo sabremos cuando la hayamos puesto en práctica.

—Bien, pero, ¿de qué se trata?

—Clara, es preciso registrar nuevamente la oficina de O'Poyle.

—Sí, es cierto. ¿Cuándo vamos?

Croll apuró el café de su taza y se puso en pie.

—Ahora mismo —contestó.

Momentos después rodaban a bordo del coche de Croll hacia el destino señalado.

—Usarás las ganzúas de nuevo, supongo.

Croll sonrió.

—No me queda otro remedio —contestó.

—Pero ¿encontraremos la carpeta? —murmuró Clara con acento de duda.

Ya había anochecido y la temperatura seguía siendo sofocante. Llegaron al edificio donde O'Poyle hacia tenido su oficina y se metieron en el ascensor sin vacilar un momento.

Las ganzúas de Croll funcionaron satisfactoriamente.

—¿Las usas a menudo? —preguntó ella sonriendo, al ver que se abría la puerta.

Croll sonrió también, pero no contestó. Entraron en la oficina y con la luz encendida, empezaron de inmediato a registrar todos los cajones.

Al cabo de un buen rato Croll se dirigió a la muchacha:

—Clara, ¿tenía O'Poyle caja fuerte en su oficina?

Ella se volvió, sorprendida.

—Sí, por supuesto. ¿Cómo no se me había ocurrido antes? —exclamó.

—Indícame dónde está, por favor.

La muchacha se dirigió al despacho de O'Poyle. Al entrar en la estancia, se estremeció con fuerza.

—¿Qué te pasa? —preguntó él.

Clara se pasó una mano por la frente.

—Me acuerdo del momento en que fue a encender el cigarrillo y el mechero...

Croll apretó su brazo cariñosamente.

—Trata de olvidarlo —aconsejó.

—Sí, Pete.

Clara se acercó a un cuadro que había tras la mesa y lo hizo girar. Una exclamación de asombro se escapó de los labios de ambos al ver el hueco vacío que había servido para contener la caja fuerte.

—¡Se la han llevado! —dijo Clara abatidamente.

Croll apretó los labios.

—Sí —murmuró—. Les resultó más fácil desencajarla de la pared que abrirla aquí mismo.

* * *

Para el investigador, la única persona que podía dar ya una luz en aquel complicado asunto era el socio capitalista de O'Poyle.

—Nadie arriesga su dinero en un negocio, sin saber de qué se trata —afirmó.

—Estoy de acuerdo contigo —dijo Clara, mientras se acercaban a la puerta de la residencia de Martin Helsom.

Llamaron a la puerta. El mayordomo abrió a los pocos momentos.

—¿Sí? —dijo estiradamente.

—Deseamos hablar con el señor Helsom —manifestó Croll.

—En estos momentos se encuentra ausente...

—Esperaremos —dijo el investigador con acento de firmeza.

Raymond volvió los ojos hacia la muchacha.

—Usted ya ha estado aquí —dijo.

—Sí —admitió Clara.

—Según creo recordar, el señor Helsom la echó de casa.

—Ha mudado de opinión —sonrió ella.

—No lo creo. El señor Helsom es muy firme en sus convicciones.

—Será mejor que no discutamos tanto. Vamos a esperarlo —dijo Croll.

Raymond empezó a cerrar la puerta. Croll cargó con el hombro y el mayordomo cayó de espaldas.

—¡Cuidado! —gritó Clara.

Raymond trataba de sacar una pistola. Croll le pisó la muñeca y el individuo lanzó un grito de dolor.

Clara se apoderó del arma. Croll se retiró a un lado.

—¿Cuándo volverá Helsom? —preguntó.

El mayordomo se frotó la muñeca.

—No lo sé —contestó hoscamente.

Croll se inclinó hacia él y le puso en pie a la fuerza.

—Muy bien, no tenemos prisa —dijo.

Abatido, el mayordomo se dejó llevar a una habitación interior, donde quedó atado y amordazado.

—Vamos al despacho de Helsom —propuso Clara a continuación.

Instantes más tarde, entraban en la habitación mencionada.

Lo primero que vieron fue una caja fuerte, todavía con rastros de

cemento adheridos a sus costados.

La puerta estaba abierta y permitía ver el interior de la caja.

—Vacía, completamente vacía —gruñó Croll, decepcionado.

* * *

—Pero ya no cabe duda de que Helsom es el autor de todos los asesinatos —dijo Clara después de una pausa de silencio.

—Lo que convendría es probarlo —contestó él.

Clara empezó a buscar en los cajones de la mesa de despacho, sin encontrar nada de particular. Mientras lo hacía, dijo:

—Esto es completamente ilegal, Pete.

—También es ilegal andar por ahí matando a la gente —refunfuñó el investigador. Más práctico, estaba buscando detrás de los libros de la biblioteca.

De pronto, notó al tacto una cosa suave.

—¡Clara! —llamó.

La muchacha estaba muy ocupada en aquel momento.

—¿Será la esposa de Helsom? —dijo, con una fotografía en la mano.

Croll volvió junto a ella con unas gafas oscuras y un gran bigote negro, postizo.

—El disfraz de Miller —anunció.

Ella sonrió.

—Parte de las pruebas —dijo—. Mira, aquí está Helsom, bien acompañado, por cierto.

Croll tomó la fotografía que le ofrecía la joven. Una exclamación de asombro se escapó inmediatamente de sus labios.

—¿Qué te pasa? ¿La conoces? —preguntó Clara, intrigada.

Croll no pudo contestar. El timbre de la puerta sonó en aquel momento.

—Ya está ahí —dijo.

—¡Menuda sorpresa se va a llevar! —exclamó la muchacha.

Salieron del despacho. El timbre sonó de nuevo.

Croll frunció el ceño.

—Clara —murmuró—, ese no es Helsom.

—¿Cómo lo sabes, Pete?

—¿Es lógico que el dueño de una casa no tenga encima la llave

de la puerta?

—A veces...

Croll alargó la mano.

—Dame la pistola del mayordomo —pidió.

Armado, Croll se sentía más seguro. Cruzó el vestíbulo y abrió, echándose a un lado en el acto.

—Ya era hora —dijo un hombre, en el momento de cruzar el umbral.

—Sí, ahora veremos qué diablos dice el jefe —añadió el otro, de mal talante.

Croll los reconoció en el acto.

Eran los mismos que habían defenestrado a Rarman.

—Caballeros —dijo.

Throsh y Mittall se volvieron inmediatamente. Su sorpresa fue enorme al verse ante Croll.

Mittall intentó sacar su pistola, pero el investigador hizo un gesto con la mano armada.

—Cuidado —dijo sonriendo—. No me haga apretar el gatillo.

Mittall se lamió los labios.

—¿Cómo...? —empezó a decir Throsh.

—Eso no importa ahora —atajó Croll—. Estamos aquí y es suficiente. ¿Clara?

La muchacha apareció en la puerta del despacho.

—Dime, Pete.

—Busca algo para atar y amordazar a estos tipos —dijo Croll.

—Ahora mismo.

Los dos pistoleros estaban ebrios de furor.

—Le costará caro —amenazó Throsh.

—¿Caro? Procure por sí mismo y empiece a llorar cuando el fiscal le acuse de haber asesinado a Rarman, arrojándolo por la ventana de su casa.

Throsh se puso lívido.

—Maldición —juró Mittall—. Ya te dije yo...

—Los reproches ya no cuentan para nada —dijo Croll—. Sus crímenes sí que cuentan... ¡para el patíbulo!

La voz de Clara se dejó oír en aquel instante.

—Cuando quieras, Pete.

Croll dio una orden.

—Vuélvanse, con las manos en la nuca y tengan presente una cosa: si creen que no voy a disparar, traten de atacarnos —dijo—. ¡Andando!

Minutos más tarde, Throsh y Mittall estaban atados y amordazados, en sendas habitaciones, a fin de que no pudieran ayudarse mutuamente.

—¿Y ahora? —preguntó Clara, una vez acabada la tarea.

Croll sonrió.

—¿Te gustaría hacer una visita a una mansión de lujo?

—Si merece la pena...

—La merece, Clara.

—Entonces, no se hable más, Pete.

CAPÍTULO XIV

Croll apretó el botón de llamada que había junto a la verja y esperó unos momentos.

—Deseo hablar con la señora Merrimac —dijo cuando sonó la voz de Jonathan, el mayordomo. Y dio su nombre.

—Muy bien, señor Croll; tenga la bondad de entrar.

La verja se abrió por sí sola. Croll tomó a la muchacha por el brazo y la empujó hacia adelante.

Jonathan les recibió en la puerta de entrada.

—La señora está en la sala —informó—. Por aquí, tengan la bondad.

—Gracias, Jonathan.

El mayordomo les condujo a la sala y abrió la puerta.

—Pete —exclamó Aouda alegremente, a la vez que avanzaba hacia el investigador con los brazos abiertos. Pero, de pronto, se dio cuenta de la presencia de Clara y se detuvo en seco, a la vez que fruncía el ceño—. ¿Quién es esta mujer?

—Clara, te presento a la señora Merrimac. Aouda, la señorita Hotcher.

Aouda había dejado de sonreír.

—¿Qué es lo que te propones, Pete? Creí que venías solo...

—Clara Hotcher es mi ayudante, Aouda —manifestó Croll—. Por cierto, ¿dónde está tu buen amigo Jerry Wesdey?

—Ha salido —contestó Aouda secamente—. Vendrá enseguida. ¿Tienes que hablar con él?

—Y contigo también, por supuesto.

—Pete, te aseguro que no entiendo en absoluto qué es lo que te propones.

—Ya lo sabrás muy pronto, cuando venga Wesdey. ¿Estás segura de que no tardará?

—Ya tenía que haber llegado —dijo Aouda—. Si quieres que llame a su oficina...

—No es necesario. Esperaremos.

Clara observó que Aouda se había puesto muy nerviosa. La

mujer se puso un cigarrillo en los labios.

Luego alargó la mano hacia un gran mechero de sobremesa. Clara saltó hacia adelante y lo cogió antes que ella.

—¿Qué hace usted? —protestó Aouda irritadamente.

—Pete —dijo Clara—, ¿quieres darle fuego tú mismo?

Croll sonrió.

—Por supuesto, querida.

Aouda tiró el cigarrillo a un rincón.

—Ya no quiero fumar —murmuró.

Hubo una pausa de silencio. Aouda miraba con frecuencia hacia la puerta.

—¿Esperas a Paul Miller? —preguntó Croll.

Ella se puso rígida.

—No le conozco —respondió.

—¿Y a Martín Helsom?

Una intensa palidez cubrió las facciones de Acuda. Croll sonrió.

—¿Tampoco conoces a dos tipos llamados Throsh y Mittall?

—Son los que defenestraron a Rarman —añadió Clara.

—El hombre que, según tú, quería matarte. Querías quitártelo de en medio y trataste de que yo lo hiciera —explicó el detective.

—Estás equivocado…

—Rarman te conocía bien, por lo visto. La primera vez me echó de casa poco menos que a tiros. A la segunda tuvo menos suerte.

»No sé cómo pudo escapar con vida la primera vez que nos vimos; acaso un fallo en tus planes. Pero en la segunda, si fallaste al intentar achacarme su muerte, en cambio sí conseguiste quitarlo de en medio. Pero tus esbirros no lo hicieron bien y yo salí de la casa antes de que lo lanzaran a la calle. Tus intenciones eran hacer ver que había sido yo, ¿no es cierto?

Aouda estaba lívida.

—Paul Miller es el que organizó la matanza de los socios que componían la organización, empezando por O'Poyle —declaró Croll implacablemente—. Pero era preciso distraer la atención policial, haciendo intervenir a una persona extraña a los que componían vuestra banda particular: yo. Sucede que Cromarty me encargó una investigación acerca de Rarman y me contó muchas cosas. Estaba arrepentido de haberse metido en el jaleo de las esmeraldas.

—De modo que lo sabes —dijo Aouda.

Croll hizo un gesto de asentimiento.

—Por lo visto, O’Poyle era el director ejecutivo de la organización el que se encargaba de tratar con Rolf y con Ernest Morrin, el oficial de marina que traía las piedras desde Colombia. Era un empleado, alto empleado si se quiere, pero no miembro estricto de la banda. Quiso tener más participación en el asunto y eso no os gustó. Queríais todo para vosotros.

«Darns y Corradi, además de Cromarty, eran también socios capitalistas. Habían invertido un dinero, cuyos beneficios había que repartir un día u otro. Muy altos deben de ser esos beneficios cuando empezasteis a liquidar a la gente a diestro y siniestro.

—De todas formas, no tienes pruebas —le desafió Aouda.

—Ni tampoco el medio de encontrarlas —sonó de pronto la voz de Wesdey—. ¡Tire su pistola, maldito entrometido!

Croll no se inmutó. Aflojó los dedos y el arma cayó al suelo.

Aouda se precipitó a recoger la pistola a la vez que lanzaba un grito de júbilo.

—Te aseguro que no repetirás a nadie lo que acabes de decir aquí —exclamó, con ojos brillantes de furia, a la vez que apuntaba con la pistola al pecho de Croll.

* * *

—Yo no repetiré nada —dijo el investigador tras una ligera pausa—, pero hay dos tipos que sí dirán algo… puede que ya lo estén diciendo. Me refiero a Throsh y Mittall, a estas horas ya en manos de la policía.

—¿Es cierto eso? —rugió Wesdey.

—Absolutamente, señor Miller Helsom Wesdey —contestó el investigador sin inmutarse.

—¿Cómo ha sabido que yo…?

—Encontramos una fotografía en el despacho de su casa, donde vive bajo el nombre de Helsom. Está usted retratado junto a Aouda Merrimac. Por cierto, la policía también habrá encontrado la caja fuerte que usted desempotró de la pared del despacho de O’Poyle. ¿Halló lo que buscaba, Wesdey?

—Sí.

—La carpeta EG-2.

—En efecto.
—¿Qué contenía, puedo saberlo?
—Solo una cosa: la llave de una caja privada de alquiler en un banco.
—En donde, seguramente, debe de haber una inmensa fortuna —sonrió el investigador.
—Muy cerca de los dos millones, en billetes.
—Lo cual, naturalmente, justifica los deseos de ustedes dos de quedarse solos con el botín.
Wesdey sonrió.
—Es una lástima que fallase mi envío a Cromarty —dijo—. ¡Cuántos quebraderos de cabeza se habrían evitado!
—Todos nos los habríamos evitado pero ustedes, además, el peligro de ir a la cámara de ejecuciones.
—Nunca probarán nada…
—Raymond y Morrin y los otros dos, Throsh y Mittall, están ya arrestados. Hablarán, se lo aseguro.
—¡Jonathan! —gritó Wesdey de repente.
—¿Qué es lo que vas a hacer? —preguntó Aouda.
—Liquidarlos —contestó Wesdey salvajemente—. Luego recogeremos el dinero y nos iremos de aquí.
El mayordomo apareció en aquel momento.
—¿Señor?
—¿Tiene una pistola a mano, Jonathan?
—Por supuesto, señor —contestó el aludido impasiblemente.
—En tu opinión, ¿cuál es el sitio mejor para acabar con esta pareja de entrometidos?
—La bodega de la casa es un lugar excelente, señor.
Wesdey se volvió hacia el investigador y sonrió.
—Ya lo ha oído —dijo.
—La policía está por llegar —advirtió Croll.
—No le creo, pero es igual. ¡Aouda!
—Dime, Jerry —contestó la mujer.
—Anda y prepara un coche. Saldremos por la puerta del otro lado del parque.
—Está bien.
Aouda abandonó la sala. Entonces, Clara, sonriendo, abrió su bolso.

—¡Cuidado! —dijo Wesdey.

—Solo quiero fumar —manifestó la joven.

Se puso un cigarrillo en los labios y, en el mismo momento, se oyó una voz alarmada:

—¡Jerry! ¡La policía!

Los dos hombres, alarmados, se volvieron. Veloz como el viento, Clara agarró el mechero y pulsó el resorte de encendido.

Sonó una detonación. Jonathan lanzó un rugido y se tambaleó, a la vez que se agarraba el brazo derecho.

Al mismo tiempo, Croll hizo volar una silla con el pie y la estrelló contra la cara de Wesdey. El hombre lanzó un rugido, pero no cayó.

—¡Corre, Jerry! —gritó Aouda en el exterior—. Ya los tenemos encima...

Wesdey dio media vuelta y echó a correr. Fuera se oyó la voz del sargento MacKenna:

—¡Alto!

Sonó un disparo. Luego dos o tres más, en rápida sucesión.

Wesdey volvió a entrar en la sala. Tenía los ojos extraviados y aún empuñaba la pistola.

Clara gritó al verle el pecho manchado de sangre. De pronto, Wesdey lanzó un gruñido animal y se desplomó de bruces al suelo.

Aouda entró, sujeta por las manos de dos policías. Sus ojos brillaban de furia al ver a la pareja indemne.

Jonathan gemía sordamente, arrodillado en el suelo. Uno de los hombres de MacKenna se hizo cargo del mayordomo.

MacKenna se acercó a Croll con la sonrisa en los labios.

—Buena labor, Pete —elogió.

Luego miró a Clara.

—¿Es tu chica? —preguntó.

—Mi ayudante —respondió Croll.

El policía sonrió.

—Pronto será algo más —vaticinó—. Lástima, también a mí me gustaba enormemente.

Clara se puso colorada como una guinda. Croll se inclinó sobre Wesdey, le registró rápidamente y sacó una llave que entregó a su amigo.

—Aquí tienes —dijo.

—¿Qué es esto? —preguntó MacKenna.

—No la pierdas —respondió Croll—. Vale casi dos millones de dólares.

Fijó la vista en Aouda, que aparecía muy abatida.

—Por conseguir esa llave, cometieron un montón de asesinatos —añadió.

—Y a mí quisieron secuestrarme una vez y en otra ocasión lo consiguieron —dijo Clara.

MacKenna hizo saltar la llave en la palma de la mano.

—Hablaremos luego más extensamente —respondió.

—Cuando quieras, Phil —accedió Croll.

* * *

El investigador llegó a la puerta de su oficina y sacó la llave para abrir. De pronto, fijó la vista en el cristal y se quedó perplejo.

El rótulo había sufrido una ligera variación:

CROLL & HOTCHER
AGENCIA GENERAL
TODOS LOS SERVICIOS
Incluso se pasean elefantes.

—Estas mujeres —dijo Croll, meneando la cabeza. Entró en la oficina y en el mismo momento sonó el teléfono.

Corrió hacia el aparato y lo levantó.

—Croll & Hotcher, agencia general —dijo.

—¡Pete! —gritó Clara al otro lado de la línea—. ¡Ven, pronto; estoy en un apuro!

—Pero, ¿qué te pasa? —preguntó él, alarmado.

—Me llamaron de una casa mientras tú estabas ausente. Se iban de viaje, ¿sabes? Dijeron que tenía que pasear a un tigre…

—Y era un perrito pekinés, claro —dijo Croll, acordándose del de Aouda.

—No. Es un tigre auténtico. Se me ha escapado y anda suelto por el jardín. Corre, ven pronto o te quedarás sin tu futura esposa.

Croll se quedó mirando al teléfono, como si no quisiera creer en lo que acababa de escuchar.

—¡Corre! Date prisa, cariño… —gritaba la muchacha.

Croll consiguió arrancarle la dirección. Luego le dio un consejo:

—Avisa al Zoo. Yo iré enseguida hacia allí.

—Sí, Pete, lo haré ahora mismo.

El investigador volvió el aparato a la horquilla.

—A quién se le ocurre —refunfuñó—. De paseo con un tigre…

Mientras caminaba hacia la puerta, agregó:

—Tendremos que casarnos cuanto antes, así dejará de pasear tigres.

Cuando abrió la puerta sonreía.

—Entonces paseará un bebé —concluyó.

FIN

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)
PRECIO EN ESPAÑA: 10 PTAS. Impreso en España